



Subjetividades adolescentes en contexto de grupalidad en servicios de salud.

Trabajo final de grado. Articulación teórico-clínica

Autoría: Mariana Baluga Calcagno. C.I: 4.410.044-0

Tutoría: Prof. Mag. Silvana Contino

Revisión: Prof. Adj. Mag. Alejandra Arias

Montevideo, Abril 2024

Índice

Resumen	3
Introducción y contextualización de la experiencia.....	4
A - Marco teórico	
1. <i>Lo contextual</i>	
1.1. Un recorrido histórico.....	6
1.2. La relación con el mundo educativo.....	8
1.3. La era de las plataformas digitales.....	10
1.4. Aprender en pandemia.....	12
2. <i>La construcción subjetiva de la adolescencia</i>	
2.1. Desde el cuerpo hacia la psiquis, ida y vuelta.....	14
2.2. Actos que dicen.....	19
3. <i>Vínculos en las adolescencias</i>	
3.1. Los Otros de los y las adolescentes.....	22
3.2. Adultos como referentes afectivos.....	25
3.3 Sobre rivales, semejantes y sostén.....	27
3.4. Amores jóvenes.....	29
4. <i>Desde el sistema de salud</i>	
4.1. El todo es más que la suma de las partes.....	30
4.2. Prácticas en Salud Mental contextualizadas.....	32
B - Articulación teórico - clínica	
1. Presentación del dispositivo grupal.....	34
2. Insistencias de la condición adolescente.....	36
3. Reflexiones a partir de la experiencia.....	41
C - Análisis de la implicación.....	43
Referencias bibliográficas.....	46

Resumen.

El presente trabajo nace como consecuencia de conjugar el interés por la adolescencia como proceso vital y una aproximación al campo de las prácticas en salud mental. Se enmarca en el desempeño del rol de practicante, en el Programa de Residentes y Practicantes en servicios de salud, convenio entre la Facultad de Psicología y Administración de los Servicios de Salud del Estado (ASSE). Se plantea como objetivo, en base a una articulación teórico-clínica, una conceptualización sobre las nuevas manifestaciones subjetivas en adolescentes y el desarrollo de dispositivos grupales como prácticas en salud mental para adolescentes. Se desarrolla lo contextual, que es conformado por un recorrido histórico del concepto adolescencias, el impacto que tienen la institución educativa, y el desarrollo de las plataformas digitales. Se elabora la construcción subjetiva adolescente desde sus bases biológicas hasta su constitución psíquica. Se introducen las influencias vinculares y finalmente se desarrollan las posibilidades que ofrece el sistema de salud. Se presenta la grupalidad adolescente y las insistencias de la condición adolescente que concentran relatos en formato viñeta que ejemplifican las observaciones realizadas. Se analiza la experiencia como práctica en salud mental para adolescentes, fomentando el lazo social entre pares. Se concluye que el dispositivo grupal ofrece ventajas en la implementación de un “laboratorio de lazo social” que promueve el intercambio entre pares desde su función constitutiva del psiquismo de los individuos y el desarrollo de habilidades sociales.

Palabras clave: adolescencias, grupalidad, servicios de salud.

Introducción y contextualización de la experiencia.

El presente trabajo nace como consecuencia de conjugar el interés por la adolescencia como proceso vital y una aproximación al campo de las prácticas en salud mental. Integrando el Programa de Residentes y Practicantes en servicios de salud, convenio celebrado entre la Facultad de Psicología y ASSE, desde el rol de practicante.

Se propone, en base a una articulación teórico-clínica, una conceptualización sobre las nuevas manifestaciones subjetivas en adolescentes y el desarrollo de dispositivos grupales como prácticas en salud mental para adolescentes. El objetivo de estos es contener y acompañar el tránsito por esta etapa, desde los servicios de salud.

Se pretende, desde un enfoque ecológico que abarca las aristas individuales, contextuales y sociales, desarrollar el concepto de adolescencias. Se parte desde un desarrollo histórico, y a través de ir sumando capas, que hacen al entramado de una realidad, aproximar una visión de la subjetividad adolescente. Se origina y a su vez, se entrelaza desde la empiria, en contexto de dispositivo grupal, desde el rol de Practicante en la Policlínica de Salud Mental.

El convenio entre las instituciones Facultad de Psicología de la Universidad de la República y ASSE (2009), origina el Programa de Residencias para Psicólogos, y de Practicantes para estudiantes avanzados de psicología, enfocados al campo de la Salud. Se parte de la ley 18.211 como antecedente. El objeto es formar psicólogos como recursos humanos especializados en salud, y a su vez generar conocimiento en este campo de investigación. Se genera esta alianza que se traduce en un programa, que consiste en la inserción de Residentes (Psicólogos con hasta tres años de graduación) y Practicantes (estudiantes en el último año de su formación) en servicios de ASSE de todo el país. La extensión del desempeño de estos cargos será de tres años para Residentes y un año para Practicantes, y ambos se desarrollarán enmarcados en el plan de trabajo del servicio, insertos en las líneas de trabajo del mismo, con una lógica de autonomía progresiva (Baluga, 2024).

La experiencia que se expondrá se ubica en una zona metropolitana del departamento de Canelones y el anclaje territorial abarca también zonas aledañas, por lo que la población que allí se atiende puede presentar características variadas.

El servicio se puede catalogar dentro del paradigma de Atención Primaria en Salud (Vignolo, 2011) como un primer nivel especializado en Salud Mental y ofrece prestaciones acordes al plan fijado por el Ministerio de Salud Pública (MSP, 2011). Los tiempos de

demora en la atención son muy variables y poco previsibles con la información que maneja el servicio. La demanda en espera se gestiona a través de listas de espera (MSP, 2014) que son clasificadas según el grado de urgencia subjetiva (Sotelo, 2015) percibida por el profesional que realizó la derivación. El objetivo es optimizar los recursos humanos disponibles de forma de abarcar la mayor cantidad de usuarios y usuarias posible. Se intenta dar respuesta de forma inmediata, por lo que muchas veces se ofrece ingreso a uno de los múltiples dispositivos grupales existentes, para acompañar la espera hasta que exista agenda disponible para atención individual.

El grupo de adolescentes del servicio es un espacio que año a año se ve reformulado, ya que el equipo coordinador va variando en función de la disponibilidad e intereses de los y las técnicas para el período. La grupalidad en este servicio es un dispositivo que se ofrece como una alternativa para afrontar la diferencia entre la demanda existente y los recursos disponibles. Para el año 2023 el equipo de coordinación se vio conformado por una psicóloga de la policlínica y la practicante.

El grupo se integró por adolescentes varones y mujeres entre los 13 y los 16 años, que fueron derivados desde varias fuentes. Por un lado, profesionales de la salud mental del servicio. Por otro, como primera opción de atención una vez ingresados al servicio, a través del Comité de niños, niñas y adolescentes.

Es en este contexto se comienzan a observar cuestiones que habilitan a pensar sobre la subjetividad adolescente contemporánea. En sus particularidades y las implicancias que tiene el dispositivo de grupalidad. La condición adolescente se ve atravesada no solo por las pautas socioculturales dominantes (Cao, 2014), sino también por marcadores de época. Éstos se manifiestan en forma de síntoma, que hacen al entramado sobre el cual se va desarrollar la conflictiva cotidiana.

A - Marco teórico.

1. Lo contextual.

1.1. Un recorrido histórico.

¿Siempre existieron los adolescentes? La respuesta parece obvia pero es importante delimitar qué se denomina adolescencia. Existe un cierto acuerdo en que es una etapa de tránsito entre la niñez (cuya conceptualización tampoco es ahistórica) y la etapa adulta. Sin embargo, aunque posee sus características propias desde lo biológico, “no hay adolescencia estudiada como tal, sino inserta en el marco societario en que se desarrolla y transita. Objetivar o reificar las adolescencias es un error frecuente” (Viñar, 2009, p 14).

Cao (2014) plantea que el fenómeno adolescente pudo existir de forma latente hasta que el devenir histórico produjera las condiciones para su eclosión. De forma análoga pero inversa, se hubiera visto suspendido en su aparición, hasta que los factores que coartan su expresión, fueran mitigados por variables de aparición posterior. Descarta ambos enfoques con tintes de inmanencia evolutiva, en pos de pensar el fenómeno como una mutación. Es decir, como la resultante de una azarosa combinación de condiciones que hacen al acontecimiento como tal.

Adolescere proviene del latín y significa crecer, y Le Breton (2014), lo presenta en contraposición a adultus, que significa ya haber dejado de hacerlo. Estas expresiones se utilizan de forma significativa a partir del siglo XVI. Sostiene que a pesar de existir múltiples diferencias a lo largo de la historia, en relación a la adolescencia y los marcadores que la diferencian como etapa vital, se puede identificar hasta los días actuales un factor común: la ausencia de estatuto jurídico. De la minoría de edad se pasa a la mayoría sin intermediarios, si bien difiere según tiempo y espacio, el corte se produce de forma abrupta en un número que no deja de parecer un tanto arbitrario. Según también coordinadas de tiempo y espacio, existen y existieron diferentes ritos de pasaje. En forma de simulación simbólica de muerte de la identidad infantil, y el renacimiento con una nueva identidad adulta, que se traduce en un anudamiento del lazo social que forma parte de la trama colectiva. Sin embargo, si mucho ha cambiado en el devenir histórico de estos ritos, en la antigua Roma los varones a través de estos ritos de pasaje se preparaban para ser ciudadanos y guerreros, y las mujeres, esposas y madres. Los hijos e hijas de una incipiente burguesía, siglos después,

desde una mirada con perspectiva de género, no tenían destinos muy diferenciados a aquellos romanos (Le Breton, 2014).

Más allá de estos pasajes de etapa enmarcados en lo ritual, según Cao (2014) la cuestión adolescente conceptualizada como tal no comenzó a tomar vuelo propio hasta que, como consecuencia de las profundas modificaciones socioeconómicas acaecidas gracias a la Revolución Industrial, de la ruptura de órdenes laborales y sociales provenientes del feudalismo, y del apogeo del individualismo filosófico, se comenzó a prestar atención a estos “pasajeros en tránsito”. La adolescencia

surgió funcionalmente para constituirse en el imprescindible proceso de empalme que debe efectuarse entre el universo de la niñez y el de los adultos. Estos dos universos se han constituido como los puntos de referencia (uno de partida y otro de llegada), señalados de manera inexcusable en el itinerario evolutivo de los sujetos pertenecientes a cualquier cultura de la órbita occidental (Cao, 2014, p. 35).

Retomando el hilo histórico que posiciona a enfocar la mirada en la construcción de la adolescencia asimilada a la cultura occidental, se puede fijar como un hito significativo la escolarización. En principio solamente dirigida a los varones de clases privilegiadas, pero, como sostiene Le Breton (2014), con el devenir histórico se hace accesible al resto de los varones y luego a las mujeres, a partir de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. “La enseñanza de las chicas es alineada sobre la de los varones sólo a partir de los años veinte” (Le Breton, 2014, p. 32) siendo Francia la pionera.

El relato adolescente se construye también desde el arte. Se parte de “la literatura [que] se hace eco de esa emergencia de una clase etaria atormentada y en la búsqueda vacilante de lo que es” (Le Breton, 2014, p. 41) de mediados del siglo XIX, hasta, como sostiene Cao (2014) la industria cinematográfica. Su desarrollo incorpora adolescentes como protagonistas, luego de la segunda posguerra, contribuyendo a que los jóvenes fueran plasmados en una categoría propia. Como consecuencia “el arte volvió a transcribir a través de su papel de portavoz societario un fenómeno que ya circulaba por el imaginario social y que de manera indetenible había alcanzado su punto de ebullición” (Cao, 2014, p. 20).

Le Breton (2014) sostiene que la adolescencia como es conceptualizada desde el punto de vista contemporáneo, se puede empezar a vislumbrar a partir de las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Sobre todo en esta última, en la cual se comienza a desarrollar un mercado específico en torno a subculturas que manifiestan los diferentes modos de expresión de la juventud. Ya para finales de los años 60, la cultura de las fiestas y las drogas, junto con una visión hippie del mundo como forma de reacción contracultural a la guerra, comienzan a ser parte de la manifestación idiosincrática adolescente. También se enuncian en comportamientos ruidosos que modifican los códigos de convivencia de los espacios públicos, y se empiezan a erigir bandas de jóvenes que sin

delinquir propiamente, cometen actos vandálicos y pequeñas fechorías como forma de expresión de una rebeldía quizás mal entendida. “La juventud se emancipa de la antigua tutela de los adultos; en adelante rechaza su condición de subalterna. Y la adolescencia se vuelve más sobresaliente entre la infancia y ese momento de la juventud”. (p. 56)

Cao (2014) plantea que el tránsito adolescente tiene sus marcas características, en concordancia con el atravesamiento cultural del sujeto por las circunstancias, y por el marco social que corresponde a cada época. Es así como se puede definir un quiebre entre la adolescencia a partir de los años 90 y las décadas previas. La solidaridad innovadora y cuestionadora que caracterizó a la rebeldía adolescente hasta ese momento, se fue diluyendo como manifestación contracultural, en pos de un ideario superficial que atravesó a la sociedad toda. Solamente ciertos grupos encarnaron una expresión contraria al status quo, con posturas violentas y de tintes marginales, como por ejemplo el movimiento punk. Su consigna por excelencia era “no future” aludiendo a la inmediatez de los estímulos y la nula proyección de un futuro posible. Los adolescentes que no se vieron representados por estos grupos, no se mantuvieron a salvo de los avatares de una sociedad cada vez más individualista. Aunque no formaran parte del circuito de rechazo social, no estuvieron ajenos al impacto del discurso que enaltecía el facilismo y desacreditaba el esfuerzo. Era difícil quedar “exentos de la influencia que ejercía la escala de valores que proponía la libertad de mercado, con el consiguiente endiosamiento del consumismo y la dilución de los lazos solidarios, ni podrían excluirse totalmente del promocionado modelo de autoabastecimiento narcisista” (Cao, 2014, p.51).

1.2. La relación con el mundo educativo.

Desde el punto de vista institucional, ocurren cambios en la estructuración de la familia, ya no se sostiene el “para siempre”. Se comienza a vivenciar más el momento presente, por lo que los matrimonios que sustentan a la familia nuclear pasan a durar lo que duran las ganas de sostenerlos, haciendo más flexible el mandato. Al igual que la institución familia, la institución educativa, según Lewkowicz (2004), moldea y organiza la construcción de subjetividad. Subjetividad es, para Corea (2004) una forma de habitar el mundo, de hacer por y para con él, en forma de operaciones. “La producción de subjetividad hace referencia al modo en que las sociedades determinan las maneras en las que se constituyen los

sujetos posibles de integrarse a sistemas que les otorgan un determinado lugar” (Blanco et al., 2023, p. 13).

Lewkowicz (2004) denomina “analógica” a la relación entre las instituciones familia y educación, ya que se pueden habitar bajo las mismas operaciones. Esto aseguró una relación transferencial entre ellas, operando cada institución sobre las marcas previamente forjadas, retroalimentándose de forma de asegurar su eficacia desde una arista disciplinaria. La modernidad aportó la posibilidad de observar, desde un dispositivo experimental como es la escuela, a muchos chicos de la misma edad juntos haciendo las mismas tareas, lo que habilitó a conceptualizar la normalidad y la desviación. La normalización que produjo la escuela, entendida como la introyección de normas sociales, fue acorde a cada momento histórico y en concordancia con los valores sociales prevalentes. Esta subjetividad institucional, es una lógica que tuvo sentido hasta que se agotó, ya que, como señala Lewkowicz (2004) la subjetividad dominante para finales del siglo XX se transformó en massmediática. Las operaciones básicas ya no son de orden disciplinario sino que destacan la imagen y la opinión por sobre normativa y saber. Ocurre entonces un “desacople subjetivo entre la interpelación y la respuesta, entre el agente convocado y el agente que responde, entre el alumno supuesto por el docente y el alumno real” (p. 35). El agotamiento del Estado-nación, como subjetivador en la era mediática, implicó la incapacidad de articular situaciones por las cuales producir un sentido general. La dispersión situacional obliga a simbolizar desde la regla, que es inmanente y se contextualiza a partir de las diferentes situaciones y no ya desde la trascendencia de la ley. Ocurre un desajuste en la situación de aula, en la que docentes constituidos por la subjetividad del Estado-nación intentan instaurar supuestos compartidos con alumnos subjetivados por el mercado.

La subjetividad mediática en el decir de Corea (2004) se presenta en comparación con la producida por el Estado-nación como inestable y precaria, dado que hace énfasis en la actualidad, la imagen y la opinión en contraposición a la memoria, la conciencia y el saber instituidas por los dispositivos estatales. El discurso mediático requiere exterioridad y descentramiento, mientras que el discurso pedagógico que responde al Estado-nación pretende concentración e interioridad. Si bien el dispositivo pedagógico logra

que la conciencia ejerza hegemonía sobre la percepción (...) en cambio en la percepción contemporánea [mediática] la conciencia no llega a constituirse: la velocidad de los estímulos hace que el precepto no tenga el tiempo necesario para alojarse en la conciencia (Corea, 2004, p.51).

Corea (2004) plantea que, bajo la sobresaturación de estímulos se promueve la desatención y la desconexión. Al ser también la subjetividad un modo de relacionarse con el tiempo, a través de la experiencia, se puede entender la vivencia del tiempo de un modo evolutivo, mediatizado por la acumulación de momentos previos que van dotando a la misma de

sentido, en una relación de progresión. Esto mismo se desvanece en la operación de recepción de imágenes, tan característica de la subjetividad mediática, que solo contempla el instante. Se suceden estímulos que no tienen relación entre sí, ni van a ser base para un entramado posterior. Esta vivencia de saturación va a producir sujetos que responden a ella principalmente de dos formas, la hiperkinesia y el aburrimiento, como efectos de la relación con los entornos informacionales.

La escuela ofrece satisfacciones que no cotizan en un contexto de inmediatez. Obtener buenas calificaciones para, desde la cultura del esfuerzo, apuntar a un futuro obteniendo ingresos medios, constituye el premio, en el mejor de los casos. Exige una alta tolerancia a las frustraciones en un intercambio por conocimientos por el placer mismo del saber, algo que en la cultura adolescente no otorga estatus social. (Di Segni, 2004, p.120 -121)

1.3. La era de las plataformas digitales.

Se pueden ubicar dos puntos de inflexión en la cultura que han modificado para las personas las modalidades de relación y comportamiento, según Belli y Fernández (2021). Uno es el giro visual, que a través de las imágenes fundamenta los discursos entendidos como la traducción de las mismas. Tecnológicamente se puede situar con el advenimiento de aparatos como la fotografía o el cine.

Las imágenes son omnipresentes en las vidas y las mentes de las personas de nuestro siglo. (...) en las últimas décadas se ha visto edificarse una civilización de la imagen gracias a los progresos técnicos de producción y reproducción de representaciones de situaciones, reales o imaginadas, sobre todo a través de pantallas. El patrimonio de imágenes que el ser humano posee (...), aparecen en los medios para cumplir las más diversas funciones, desde informar y divertir a promover ideologías hasta compartir emociones. (Belli y Fernández, 2021, p.5)

El otro fenómeno que ha impactado en las formas de ser y estar en el mundo, es el giro digital, que ha posibilitado un nuevo tipo de relación social. Suma a la imagen más dimensiones, y lo que tiene de novedoso es la interacción a distancia. Con la masificación del uso de Internet, se generan vínculos entre personas que van a expresar sus emociones mediante interacciones virtuales. Nace el emoji, como forma de representación emocional de las experiencias. Son imágenes que se utilizan para mediar o dar una tonalidad afectiva a los discursos. Se intercambian el lenguaje corporal y las estrategias faciales para transmitir

emociones por estas representaciones a través de las cuales se pierde un poco la espontaneidad del gesto. Belli y Fernández (2021) mutan el término utilizado en Psicología social “affordance”. Éste representa la interacción entre usuarios y herramientas. Utilizan en su lugar “affordance emocional” haciendo referencia a la incorporación de una faceta afectiva a esta interrelación “manteniendo la atención sobre las cualidades de los entornos tecnológicos para avanzar hacia teorías más matizadas en la intersección de los procesos sociales y la materialidad tecnológica”. (p.13)

Si ya de por sí, la subjetividad massmediática se presentaba como un obturador de todo lo que no se produce bajo el régimen de la inmediatez, desde el surgimiento de las redes sociales bajo el soporte de medios digitales, la apuesta se acentúa. Comienza una era en la que se amplía la oferta de modalidades de interacción social. Aparecen alternativas virtuales que si bien acercan las distancias, en algunos casos atentan contra la experiencia presencial. No es raro ver un grupo de personas reunidas, algunas de ellas enfocadas en sus teléfonos. La interacción grupal ocurre en paralelo a una conversación, con quizás alguien que puede estar a algunos kilómetros de distancia. Se presenta un mundo nuevo en el que no es para nada absurdo decirle “amigo” a alguien con quien no se ha compartido ninguna instancia en el mismo espacio físico. “ El comportamiento humano en general y el adolescente en particular, ha virado de una interacción cara a cara entre iguales a una hiperrelación global cuyo escenario es la Red, incluso compartiendo espacio temporal y físico” (Hernández Ortega y Rayón-Rumayor, 2021, p. 138).

La llamada “generación digital” comprende a las personas nacidas durante la expansión de las tecnologías de la comunicación y para quienes la mensajería instantánea es tan poco sorprendente cómo cotidiana. El desafío que se les plantea es relativo a la necesidad de redefinir “cuestiones como la intimidad personal, la cercanía y el sentido de pertenencia a un grupo de pares” (Gómez-Urrutia y Jiménez, 2022, p. 4).

A través de la masificación del uso de dispositivos móviles, se ve fomentado el uso intensivo de servicios digitales. Ésto repercute en la transformación de la relación con los soportes y contenidos audiovisuales (García-Jiménez et al., 2020, p. 280).

“Los adolescentes son activos prosumidores de contenido multimodal ” (Hernández y Rayón-Rumayor, 2021, p.148) cuya selección muchas veces queda en manos de un algoritmo. Existe una relación de producción y consumo simultánea, que según García-Jiménez et al. (2020) tiene sus propios códigos de comportamiento y la capacidad de generar significados diferenciales que tienden a la convergencia. Sostienen que la socialización y la búsqueda de entretenimiento son los usos preferidos, y esto desemboca en un empleo excesivo de los dispositivos.

A nivel identitario las redes sociales ofrecen plasticidad en la imagen a proyectar, la cual no está ajena a una dimensión performática y simboliza una importante fuente de recursos en la relación de interacción entre adolescentes (Gómez-Urrutia y Jiménez, 2022).

El uso masivo de redes sociales comporta oportunidades y riesgos en adolescentes. Ofrece recursos que habilitan la comunicación, la participación social, el entretenimiento y la creatividad. Por otra parte se genera una nueva categoría de riesgo online, que abarca desde el acceso a la pornografía y discursos de odio hasta ciberacoso (Martinez et al., 2020, citando a Livingstone et al., 2011). También existe el riesgo de caer en conductas adictivas con el uso de redes sociales. Esto depende del desarrollo de habilidades socioemocionales que actúen como factor protector (Klimenko et al., 2021). Otro de los factores que se pueden considerar negativos, es referente a la vulnerabilidad que representa para un adolescente en plena construcción identitaria ser susceptible a la validación externa en forma de “like” (García-Jiménez et al., 2020).

En cuanto a la percepción de los vínculos de amistad que las redes sociales propician, estos se suelen ver como prolongaciones de vínculos presenciales profundos o contactos superficiales que tienden a intercambiar sobre una temática de interés mutuo. La posibilidad del chat brinda un espacio seguro para quienes sufren de inseguridades físicas o timidez. Sin embargo, la despersonalización que representa, repercute en que éste no reemplace las interacciones físicas. Son vistos como un complemento de las mismas, a la vez que propician los primeros contactos y colaboran en la manutención del vínculo cuando hay barreras temporales y espaciales. La virtualidad, no es suficiente para generar una conexión emocional en sintonía afectiva con la intimidad que implica una amistad profunda (Bohórquez López y Rodríguez-Cárdenas, 2014).

1.4. Aprender en pandemia.

El uso de redes sociales en tiempos de pandemia por Covid 19, que implicó aislamiento y la imposibilidad de frecuentar espacios sociales presenciales, constituyó en algunos casos un alivio y en otros perjudicó la salud mental de las personas.

El hecho de que en Uruguay estuviera implementado el Plan Ceibal habilitó el mantenimiento de las actividades educativas, adaptando los dispositivos de enseñanza en función de las herramientas disponibles y las posibilidades docentes (Rampani y Muñoz, 2020). Los niños, niñas y adolescentes que cursaban en esos momentos vía virtual sus

clases, siguieron accediendo a los contenidos académicos pero no tuvieron el intercambio social inherente a compartir espacios presenciales con sus compañeros.

Por otra parte, en lo referente al impacto que tuvo esta Pandemia en los ámbitos familiares, se puede destacar que en los casos en los que existían problemas de conducta, el intercambio de tiempo familiar favoreció a su disminución. Sin embargo, en los casos en los que niños, niñas y adolescentes formaban parte de familias disfuncionales, la violencia y la hostilidad no solo fueron mayores, si no que además no había terceros (instituciones de salud y enseñanza) que pudieran interceder a su favor (Sánchez, 2021).

En relación al impacto en la continuidad de los estudios, se pueden identificar variables que atentaron contra la misma. La ausencia de estudiantes impactó en el progreso académico, al no tener el soporte pedagógico necesario (Lamus et al., 2022). El abandono conlleva la baja en el rendimiento académico, retraso en el aprendizaje y desmotivación, lo que significa que es un factor de riesgo que puede ocasionar la deserción. Atenta directamente en la conexión con el proceso educativo y por consiguiente su adherencia al mismo (Gómez et al., 2024). El contexto de clases virtuales despertó apatía en el estudiantado lo que desembocó en desinterés por la actividad educativa (Lamus et al., 2022). Desde la perspectiva psicológica, las condiciones que rodean la actividad educativa y las creencias que el propio estudiante tiene sobre sí, mediatizan la toma de decisión de sostener la continuidad en los estudios (Fishben y Ajzen, 1975, citados por Gómez et al., 2024). La falta de recursos y la carencia de oportunidades a causa de la desigualdad económica existente, se vio exacerbada durante la pandemia. Esto impacta directamente con las posibilidades materiales de continuar escolarizado (Lamus et al., 2022).

El sostén y la contención familiar son determinantes como factores protectores ante la deserción estudiantil (Gómez et al., 2024). El apoyo tanto emocional como instrumental que puedan ofrecer los adultos referentes, y la comunicación entablada en la familia son factores determinantes en el desarrollo positivo del adolescente, lo que repercute en su desempeño académico. A su vez, la calidad de las interacciones en los centros educativos con docentes y compañeros también va a constituir una base sólida para que puedan desarrollarse tanto a nivel personal como académico (Barrios y Frías, 2016).

Se ha estudiado el rechazo escolar, o sea, la negativa del estudiante de permanecer o siquiera asistir a los centros educativos. Quienes lo manifiestan se pueden categorizar en tres perfiles. Los y las adolescentes que se caracterizan por un rechazo escolar ansioso, manifiestan sintomatología ansiosa ante la idea de asistir. El rechazo escolar absentista, está caracterizado por elegir actividades de ocio antes que las académicas. También existen quienes, si bien acuden a la institución, expresan su negativa a permanecer (González et al., 2020).

2. La construcción subjetiva de las adolescencias.

2.1. Desde el cuerpo hacia la psiquis, ida y vuelta.

La adolescencia es una construcción cultural y lo biológico no se puede entender específicamente como causa de los efectos vinculares, intrapsíquicos y psicosociales que se van a manifestar. Sin embargo, la pubertad significa el momento inicial de este tránsito en el que la biología y la cultura van a interactuar en un “paradigma complejo sin prioridad lógica de uno sobre otro” (Viñar, 2009, p. 15).

La distinción puberal (Marcelli y Braconnier, 2005) ocurre como resultado de una reacción en cadena que comienza en el entorno de los 12 años. Esto conlleva grandes cambios morfológicos y fisiológicos. Existen variantes cronológicas individuales de la aparición de este fenómeno y son relativas tanto al factor genético como a factores medioambientales. Y también variantes colectivas, ya que hace algunos siglos este proceso comenzaba en el entorno de los 17 años y coincidía con el comienzo de la vida profesional. Ahora ocurre a una edad en la que la actividad sexual se encuentra reprimida socialmente. Por consiguiente se puede concluir que el desarrollo fisiológico y la evolución social han tomado direcciones opuestas (Marcelli y Braconnier, 2005, p. 9). Esto último se relaciona con las mejoras en la calidad de vida que pueden ejemplificarse con un mayor acceso a las fuentes nutricionales (Güemes-Hidalgo et al., 2017).

La pubertad es un evento biológico que obedece a criterios estadísticos, a través del cual se desarrollan los caracteres sexuales secundarios y la maduración de los primarios, de las glándulas suprarrenales y se alcanza al final de la misma, la talla adulta. Está regulada por una red nodal de genes, aunque estos son susceptibles a los factores externos que modifican su expresión y esto repercute en el momento de inicio de la misma (Güemes-Hidalgo et al., 2017).

En paralelo a estos cambios corporales, ocurren cambios neurobiológicos en el cerebro que tienen implicancias en lo que se puede identificar como conducta adolescente. Las transformaciones son tanto progresivas como regresivas, es decir, se construyen y se reducen y sincronizan redes neurales. Ocurre tanto en la sustancia gris (responsable del procesamiento) como en la blanca (encargada de la conectividad), siendo sensibles a la maduración y al ambiente, y finalmente receptoras de la poda sináptica y también de la plasticidad que caracteriza este proceso vital. La maduración no es pareja, por lo que algunas áreas se ven estimuladas antes que otras. Todas las experiencias tienen un impacto en el desarrollo del cerebro, la falta de estímulo también se verá reflejada en las conexiones

sinápticas. La amígdala, responsable de atribuirle contenido emocional a la información, durante la adolescencia responde con mayor intensidad en relación al cerebro de un adulto, lo que se interpreta como una menor capacidad de controlar las emociones. A su vez, junto con el resto de las regiones subcorticales implicadas en la emoción, la motivación y la recompensa, se desarrolla tanto en términos de estructura como de función, más rápidamente. Las regiones prefrontales, encargadas de las funciones ejecutivas y el control de impulsos, tienen un ritmo de crecimiento más lento. Como consecuencia de esta disparidad entre el desarrollo de componentes emocionales e intelectuales, la toma de decisiones adolescente va a tender más hacia la emocionalidad que hacia la racionalidad. Las estrategias de afrontamiento se encuentran aún inmaduras. Si bien tienen capacidad de acceder a las funciones ejecutivas, cuando se involucran las emociones estas últimas van a primar en la toma de decisiones (Torrealva, 2017).

Desde el modelo cognitivo elaborado por Piaget, durante la adolescencia comienza el estadio de las operaciones formales, etapa que se caracteriza por la adquisición de la capacidad de razonar mediante hipótesis, y en donde las nociones de probabilidad se hacen accesibles. Lo real se subordina a lo posible, cambiando completamente la relación con el mundo. La aparición de la posibilidad del pensamiento hipotético deductivo habilita el acceso a las operaciones formales de transformación, que son: lo idéntico, lo correlativo, lo recíproco y la negación, ampliando el mundo de relaciones posibles. Esta etapa promueve a la vez que posibilita la capacidad de reflexión (Marcelli y Braconnier, 2005).

La psicología de la adolescencia nace en Francia a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, según narra Le Breton (2014) y es en principio, la necesidad de entender y controlar, junto con la pedagogía, estas nuevas manifestaciones sociológicas que tienen impacto en lo político, social, económico, y por supuesto pedagógico. Referenciando al norteamericano Hall (1904), describe la adolescencia como un desajuste entre los requerimientos de la madurez social, y los imperativos de conocimiento y los recursos del joven, que se traducen en dificultades de integración a nivel social.

Firpo (2015) caracteriza la adolescencia como un “entre” la metamorfosis puberal y la metamorfosis social. Un lugar ambiguo ubicado entre el “ya no” de la infancia y el “aún no” de la adultez. Habla de la liminalidad que implica situarse

entre los márgenes movedizos de la dependencia infantil y de la autonomía de los adultos, y en los confines un tanto imprecisos de la madurez y de la inmadurez sexuales, de la formación de las facultades intelectuales y de su florecimiento, de la ausencia de autoridad y la adquisición de poderes (p. 32).

Durante la adolescencia, se produce según Firpo (2015) una oportunidad de “barajar de nuevo las cartas”, lo que hace referencia a la posibilidad de apertura y de reordenamiento y nuevas combinatorias que se dan en este período. Partiendo de Freud, sostiene que el lado

psíquico de la pubertad tiene que ver con el hallazgo de objeto. La sexualidad humana se constituye en dos tiempos, con un intermedio denominado latencia. Este período intermedio que en un principio Freud había afirmado que respondía a lo fisiológico, coincide con una articulación cultural en la que las organizaciones sofocan la sexualidad infantil (mediante la escolarización), y a través del cual se instituyen las formaciones reactivas de asco, vergüenza y moral. Al finalizar la latencia, la pubertad vuelve a reactivar la sexualidad y el adolescente se encuentra con los primeros objetos de deseo de su niñez, sus progenitores. Pero gracias a la introyección de la barrera del incesto que se produce durante la latencia, vuelca sus pulsiones eróticas de manera exogámica fuera de su círculo familiar. Esto implica uno de los pasajes fundamentales que constituyen a la adolescencia: el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar.

Simultáneamente a la desestimación de las fantasías incestuosas, se consuma uno de los logros más dolorosos e importantes: el desasimio de la autoridad de los progenitores, el único que genera la oposición tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua (Firpo, 2015, p. 66).

Otro de los pasajes clave que ocurren en la adolescencia desde la óptica del psicoanálisis, señala Firpo (2015) tiene que ver con la caída del yo ideal, investido narcisísticamente en la niñez, para dar lugar al ideal del yo. Esta instancia característica del principio de realidad, en vez de dirigir la descarga hacia la satisfacción propia del principio de placer, habilita la posposición, la idea de proyecto, de tendencia. “Los proyectos y la idea de futuro permiten desplegar el empuje pulsional de un modo mediatizado” (p. 72). El lugar del otro también es un lugar que cambia, es un pasaje necesario que forma parte del proceso adolescente. De ser un otro motivado por la indefensión del cachorro humano, que le asiste en su inicial desvalimiento, pasa a ser un acompañante. “La función del otro parecería estar ausente en muchos casos. La función del otro en la adolescencia de legitimación, sanción y fundamentalmente disponibilidad y no incondicionalidad está puesta entre paréntesis” (p.79). Otro pasaje importante en la configuración psíquica adolescente tomada desde el psicoanálisis, particularmente desde Freud, según Firpo (2015) es la conciencia de sí. Una parte está formada por el residuo del narcisismo infantil, o sea que es primaria. Otra se encuentra en la aproximación al cumplimiento planteado por el ideal del yo. Una tercera parte se ubica en la satisfacción de la libido de objeto. La autoestima, o estima de sí mismo, se ve afectada por varios factores, uno de ellos se puede vislumbrar como la frustración que produce alejarse del ideal del yo, ya sea desde la no realización personal en los ámbitos de estudio y trabajo como la no inclusión en el grupo de pares. La valía personal, la armonía entre el yo y el ideal del yo, dependen en cierta medida “de la imagen que los pares le devuelven de ellos mismos, como si a través de los semejantes se recibiera la prueba de la valía o de la ausencia de la valía del yo” (p. 83). “El sentimiento de estima del sí (...) es una

realización psíquica que invariablemente se produce en el crisol de un contexto vincular” (Cao, 2013. p.116). Para el autor, la clínica de adolescentes se centra en la reformulación del narcisismo, proceso a través del cual va a reconfigurar, entre otras cosas, su autoestima. Dentro de los vaivenes identificatorios, la autoestima adolescente también se verá afectada por la capacidad de acceso al mundo del consumo. En un contexto de “modernidad líquida” (Bauman, 2004) la incertidumbre y la imposibilidad de ir al paso que exige la sociedad de consumo, van a afectar a “las familias que no pueden sostenerse en el circuito de consumo necesario para dar cuenta de los ideales que pone en juego esta época” (Cao, 2013, p. 141).

Cao (2013) concibe la condición adolescente como un proceso que consta de atravesar una serie de invariantes funcionales, en un orden en mayor medida cronológico pero no por eso inalterable ni estrictamente secuencial. Con el advenimiento de la adolescencia se pierden los recursos y las operatorias infantiles. Es necesario transitar determinados procesos psíquicos para reconfigurar a estos humanos en transición a su posición adulta. Será necesario refundar el narcisismo a través de la búsqueda de puntales y modelos. Armarse de valor de sí para atender las demandas del entorno y retroalimentarse de este mismo. Ocurrirá también una remodelación identificatoria, que estará compuesta por una sucesión de varias identificaciones, algunas más efímeras que otras, en un estado de permanente búsqueda. El traspaso imaginario, como proceso psíquico, es un bosquejo de proyecto a futuro que va a permitir apropiarse de lugares y funciones, tanto reales como fantaseados. Todos estos procesos conducen a un “desprendimiento material y simbólico de la familia de origen, salida exogámica y autonomía” (p. 34).

El esquema corporal, es visto por Freire (1992) como un elemento constitutivo de la identidad. El mismo, en la pubertad, sufre modificaciones abruptas que no son equiparables en velocidad con las transformaciones que ocurren a nivel psíquico, Esto condiciona una pérdida de identidad que va a ser necesario re estructurar. Se desdibuja el Yo adolescente, provocando una crisis narcisista, que será necesario superar para la conformación de una identidad adulta.

El cuerpo, al decir de Viñar (2009), es una piedra angular del despertar adolescente, ya que los cambios que ocurren tanto visibles como a nivel interno, producen sensaciones inéditas que será fundamental aprender a codificar. Estas sensaciones despiertan un conflicto que pendula entre la tentación y la prohibición, “porque algo o mucho de la sexualidad que irrumpe en la adolescencia habita en la oscuridad” (p. 25).

Las teorías clásicas del desarrollo psicosexual, según Marcelli y Bracconier (2005) se basan en tres pilares fundamentales que van a configurar la forma en la cual se conectarán los y las adolescentes con un mundo que les comenzará a ser revelado en su totalidad en este período. La imagen del cuerpo, según interpreta Schilder (citado por Marcelli y

Bracconier, 2005) sobre los desarrollos de Freud, va a impactar en la interpretación del cuerpo como un todo luego de acceder a la genitalidad. También señalan que las respuestas de la libido dirigidas desde el entorno hacia sí y las propias dirigidas al resto, conforman las bases para esta nueva interpretación. Desemboca en la elección del objeto como elemento integrador de la personalidad, siendo consecuencia de la resolución de “el grupo de pulsiones parciales que forman parte de la pulsión genital subordinada a la organización de la capacidad reproductiva (...) y la armonización y el equilibrio entre la línea objetal y la línea narcisista” (p.191-192). Sostienen que la desligación de los objetos parentales, la conducta masturbatoria y la bisexualidad que caracteriza a esta etapa del desarrollo psicosexual, configuran movimientos dinámicos que tendrán como salida la materialización de lo que denominan “primer amor” que suponen exogámico y heterosexual, con quien van a experimentar la realización sexual. El otro pilar que sostiene esta forma de entender la sexualidad adolescente va a ser la conformación de la identidad sexual. Esto hace referencia a la identidad de género, que se traduce en el sexo psíquico y no puramente biológico. Para Freud se basa en la resonancia interna que percibe el o la adolescente en la dicotomía lo fálico/lo castrado. Para autores post Freudianos se realiza en etapas anteriores, infantiles. Según estos autores, estos pilares que indican la “normalidad”, se presentan en el polo psicopatológico de las conductas sexuales, las dificultades de la realización sexual (ausencia de relaciones, promiscuidad, frigidez, eyaculación precoz e impotencia). También en la elección sexual (que implican la masturbación y la homosexualidad) y finalmente en el establecimiento de la identidad sexual (transexualidad e intersexualidad ambigua).

Hoy en día existen paradigmas alternativos de interpretación que tienden a despatologizar todo lo que se considera divergencia en el ámbito de la sexualidad. La teoría queer cuestiona discursivamente la categorización rígida y absoluta que representan las identidades estereotipadas y preestablecidas (Marín, 2020).

Para Cao (2013) la sexualidad adolescente impactará fuertemente en el registro narcisista, y las vicisitudes de la misma van a contribuir a un montaje identitario que se verá reflejado en el posterior accionar del sujeto en ese terreno. Habitualmente esto se va a ver manifestado en varones como inseguridad en su desempeño y en mujeres en torno a la necesidad de verse atractivas y deseadas, impactando de esa forma en la autovaloración de ambos. Muchas veces las exploraciones sexuales en la adolescencia pueden verse acompañadas de consumos que aplaquen la ansiedad que producen, como alcohol o sustancias psicoactivas. Desde mitigar la inhibición, hasta un registro que implica menos presencia, estas acciones pueden interpretarse como conductas de riesgo.

Los tres parámetros de comprensión relativos al cuerpo que describen Marcelli y Bracconier (2005) tomando el desarrollo de Schilder (1935) son: el esquema corporal, la imagen del cuerpo y el cuerpo social. El primero hace referencia a un aspecto sensorio

motor y las proyecciones corticales, neurofisiológicas y neuropsicológicas, de esta sensorialidad. La imagen del cuerpo es una representación que actúa sobre el cuerpo de orden fantasmático, que pertenece al registro simbólico imaginario. De base afectiva, se organiza en torno a las pulsiones de la libido y agresivas. Representa un límite que tiene como función estabilizar. La incertidumbre que caracteriza a la adolescencia en referencia a la imagen del cuerpo se puede ver acompañada de sentimientos de extrañeza, dismorfofobia o hipocondría. El cuerpo social es el vehículo a través del cual se mediatiza la interacción con los objetos externos. “El adolescente utiliza su cuerpo como base de razonamiento social con un objetivo doble: diferenciarse del resto de los individuos (...) y buscar una tranquilizadora semejanza con los demás (sobre todo con los coetáneos)” (p. 135).

2.2. Actos que dicen.

En la época contemporánea, dice Viñar (2009), el padecimiento psíquico ya no se verá estructurado en un relato, si no que va a ser actuado, es decir, se va a manifestar en forma de acto.

Es el cuerpo el lienzo sobre el que se va a desplegar el abanico de manifestaciones que en la adolescencia se hacen un discurso mudo pero visible. Durante la adolescencia, los problemas de adaptación que se generan a partir de esta nueva reconfiguración del esquema corporal, se pueden ver expresados a través de inadecuaciones de la conducta alimentaria. Un cuerpo que cambia, y un discurso mediático que indica cómo y por dónde debería hacerlo, sin tomar en cuenta las singularidades de la corporalidad humana, representan un caldo de cultivo ideal para que estas disfunciones relativas a la alimentación se manifiesten.

Los comportamientos de ingesta alimenticia alterados, inestables, cualitativa o cuantitativamente inadecuados, se suelen manifestar en la adolescencia, con una mayor prevalencia en mujeres que en varones. Estas inadecuaciones pueden ser momentáneas o constituir trastornos de la conducta alimentaria. Se pueden explicar como estrategias defensivas de control, una manera de intentar someter el crecimiento puberal, o también centrando el conflicto intrafamiliar en la comida compartida, como forma de resistencia (Marcelli y Bracconier, 2005). Es amplio el abanico de posibilidades en el que se expresan

estas alteraciones, teniendo cada cuadro una ontogénesis y un comportamiento particular, pero en todos los casos constituye una forma de expresión del malestar.

El sueño también es un campo que se ve alterado durante la adolescencia, tanto en duración como en prevalencia de trastornos asociados al mismo. Un caso particularmente interesante es el síndrome de retraso de la fase de sueño (SRFS), consistente en un corrimiento de 2 o 3 horas de la medianoche en el momento de concertar el sueño. Si bien la calidad y la duración del mismo no se ven alteradas, la modificación del ciclo circadiano repercute en las actividades diarias, pudiendo ser causante de desescolarización (Marcelli y Bracconier, 2005).

Es sobre el cuerpo que descansa una parte de la verificación de la autoestima (Viñar, 2009), y en donde se van a expresar las conductas de riesgo para la salud que caracterizan la exploración del mundo y sus límites en la condición adolescente.

Le Breton (2014) va a definir a las conductas de riesgo como “una interrogación dolorosa sobre el sentido de la existencia” (p. 98). Se traduce en una propensión al acto, como forma de contrarrestar el malestar. Se recurre al cuerpo ante la dificultad de pensarse. El adolescente se enfrenta a dificultades inéditas que no ha aprendido aún a relativizar, y tendiendo a la incapacidad de pedir ayuda, recurre a estos “ritos íntimos (...) que apuntan a fabricar sentido para seguir viviendo” (p. 101). Propone cuatro figuras antropológicas que, siendo no solo no excluyentes sino muchas veces superpuestas, caracterizan a las conductas de riesgo adolescentes. La ordalía examina la legitimidad de vivir poniéndose a prueba, jugándose el todo por el todo. “La exposición al peligro apunta a expulsar lo intolerable para encontrar el sosiego” (p. 103). El sacrificio en cambio es la entrega de una parte por el todo, abandonando una parte de sí para salvar lo esencial. Sirve para transmutar el dolor psíquico en un dolor específico, por ejemplo. La blancura, que está relacionada íntimamente con habitar la ausencia, es la posibilidad de embotarse para evadir la hostilidad del entorno, en una fuerza transformadora que sobreviene como consecuencia de dejarse caer impotente. Aparece la dependencia como la figura que describe la capacidad de orientar la existencia a través de la relación con un objeto, sobre el que se tiene la fantasía de control.

La valoración del riesgo desde una perspectiva adolescente se centra en tres factores principales: la búsqueda de sensaciones, la fábula de la invencibilidad y el grado de confianza que tienen naturalmente de que no van a afrontar consecuencias negativas. Todos estos aspectos son variables según la experiencia individual de cada adolescente y su conocimiento del mundo, no todos están dispuestos a correr los mismos riesgos (Corchado, 2012, p. 335).

Se pueden entender como conductas de riesgo el consumo de alcohol y sustancias psicoactivas, los accidentes, los trastornos de la alimentación, del humor, del sueño,

alteraciones psicosomáticas, relaciones sexuales sin protección e infecciones de transmisión sexual, sensación de inadecuación, angustia, aburrimiento, soledad, problemas con los estudios, problemas de conducta, heteroagresividad, ideas depresivas, autolesiones y finalmente intentos de autoeliminación, en directa relación con eventos estresantes de la vida social, familiar y personal (Contino, 2022, p.2).

En relación a las manifestaciones que pueden constituir malestar y conductas de riesgo, como consecuencia de una autoestima vulnerada, Cao (2013) sostiene que:

...la pérdida de los recursos instrumentales acopiados a lo largo de la infancia, junto con el cambio en el tenor de las demandas y expectativas por parte de los otros significativos y del contexto sociocultural, pueden empujar al adolescente al abismo donde moran los diversos formatos del colapso narcisista. Así, este podrá encarnarse en alguna de sus usuales configuraciones mórbidas tales como el aislamiento, la abulia, el sometimiento, la desesperanza, la depresión, el masoquismo, la hipocondría, los trastornos del apetito, el brote psicótico o cerrando el círculo, el suicidio. (p 102)

Las conductas de riesgo entonces son parte del proceso adolescente. Gracias a las constituciones psíquica como psico física de ese momento, se configuran las condiciones para que sea una manera de experimentar el mundo. Se están reposicionando, en vías de crear una nueva forma de interpretar al mismo.

Las autolesiones son una manifestación de conducta de riesgo muy extendidas entre los adolescentes de este marco epocal. La piel, cuenta Le Breton (2019) separa al individuo del mundo, relata sus historias, expresa su identidad. Tanto las marcas de nacimiento como las adquiridas hacen de reflejo de quien las porta. “Las marcas corporales son más bien mojones de identidad, maneras de inscribir los límites directamente en la piel, y no solamente en la metáfora” (p. 21). Agredir la propia piel no busca producir un dolor masoquista que provoque goce, sino que a través del sufrimiento que se inflige, remite sentidos. La búsqueda apunta a la liberación. Las mujeres experimentan mayor prevalencia de autolesionarse, y esto se explica ya que las mismas tienden a interiorizar más el sufrimiento mientras que los varones lo vuelcan hacia el exterior. Esto ocurre como consecuencia de las respectivas socializaciones de género, lo que explica también por que las mujeres suelen hacerlo en el ámbito privado y los varones tienden a mostrarlo con el objetivo de transmitir virilidad. Los cortes o laceraciones suelen ubicarse en el cuerpo, evitando agredir el rostro que representa un estandarte identitario. Cuando eso ocurre, ya no remite a un desborde puntual por falta de elaboración simbólica, sino más bien puede significar uña señal que indica psicosis. Si bien en las sociedades tradicionales las marcas autoinflingidas eran interpretadas como ritos de pasaje, en la época contemporánea, “en nuestras sociedades, son los individuos con malestar social quienes cortan sus cuerpos en

solitario” (p.37) Las autolesiones, al contrario de lo que se puede percibir socialmente, implican una gestión del malestar, no son tentativas de suicidio.

Los intentos de autoeliminación son otra manifestación de autoagresividad. Siendo un pasaje al acto que implica un atentado hacia el propio cuerpo, está caracterizado por dos dimensiones. Por un lado, la dimensión depresiva, ya que hay una alta prevalencia de estados depresivos y trastornos del humor como comorbilidad al acto suicida. Si bien el intento de autoeliminación no siempre lleva al suicidio, es un fin posible. El proceso suicida escala desde pensamientos sobre la muerte, ideación suicida hasta la planificación que implica equiparse para materializar el acto. Las ideas suicidas constituyen un factor de riesgo para el intento de autoeliminación, no necesariamente llevan a la planificación y a la actuación. La dimensión impulsiva se asienta en la incapacidad del sujeto de elaborar a través de representaciones psíquicas, la llegada repentina de un estado de excitación y tensión. El intento de autoeliminación es la salida que encuentra. Esta salida suele estar contextualizada, desde el punto de vista epidemiológico, en familias disfuncionales. El adolescente puede ser el receptáculo del malestar parental, o ser parte de estructuras familiares rotas o inhabituales. Suelen sucederse una serie de acontecimientos que exceden la capacidad de respuesta del adolescente, en períodos previos al gesto suicida (Marcelli y Bracconier, 2005).

3. Vínculos en las adolescencias.

3.1. Los Otros de los y las adolescentes.

Desde hace veinticinco siglos, narra Viñar (2009), se vienen planteando las diferencias entre los jóvenes y el status quo. Tomando citas de Hesíodo (siglo VIII A.C) y Sócrates (siglo V A.C), hace referencia a una percepción social sobre los jóvenes que los sitúa en un lugar de frivolidad, irresponsabilidad e impaciencia. Las faltas de respeto a la autoridad y la pereza, otras de las características asociadas a la adolescencia antes que la adolescencia misma fuera conceptualizada, pronosticaban el ocaso de las sociedades, la decadencia y la destrucción de la cultura. Esta rivalidad entre generaciones, que se puede adjudicar a cualquier expresión conservadora de cualquier época, es constitutiva del devenir histórico y es estructural en tanto es motor de las transformaciones. (p.20)

Al igual que existió un desarrollo histórico de las adolescencias asociadas a cada época y con características particulares en la construcción de sus subjetividades, en lo vincular también han existido variantes. Los roles de la familia y los grupos de pares fueron mutando a través del tiempo.

Las figuras parentales del siglo XIX, eran adultos con poder y autoridad. El padre de familia, sobre todo, aún en la ausencia cotidiana que implicaba trabajar fuera de la casa, al final del día imponía sanciones. Éstas incluían castigo físico, si las conductas de desvío de los adolescentes a su cargo así lo ameritaban. Las pautas de crianza eran severas, rígidas, al igual que las improntas de esos adultos. Hombres y mujeres criados en un sistema homogéneo y muy estructurado, con claras divisiones de género. Las figuras masculinas siendo el vértice de la pirámide de poder: el modelo social del ser adulto. Las mujeres, con sus libertades coartadas en función de ocupar su lugar en la pirámide, se hacían cargo de los cuidados y la distribución del afecto. El respeto entendido como subordinación a los adultos, las buenas costumbres y la buena educación, eran los pilares sociales a través de los cuales se ponderaba el comportamiento (Di Segni, 2004). “En este marco, la adolescencia no podía ser más que un incordio” (p. 27). La espontaneidad estaba reservada para las clases populares, ya que la burguesía en expansión pregonaba el control de los impulsos. El ideal de esa época era estar impecable y no desperdiciar energías en nada que no se tradujera en productividad económica. Se instaló de forma excesiva la represión en el psiquismo, mediante el proceso educativo, apuntando a contener cualquier manifestación de agresividad o sexual, que fuera en contra de la rigidez y el verticalismo exigidos por el modelo social (Di Segni, 2004).

El siglo XX trajo aparejados cambios en el lugar social que ocupó la mujer, como consecuencia de los vacíos dejados por los hombres luchando en las guerras mundiales y la lucha feminista. La mujer se volcó al mercado de trabajo, sin por eso dejar de lado las tareas de cuidado inherentes al rol femenino demandado socialmente. El varón de la segunda mitad del siglo XX pierde autoridad, y la mujer, aún luchando por ganar esos espacios, arrastra fuertemente el peso de su crianza tradicional, por lo que esos lugares de significación quedan vacantes, a disposición de los jóvenes. Se comienza a horizontalizar el modo de relacionarse y a democratizar la familia. Los patriarcas de antaño quedan demodé, en pos de acuerdos de convivencia y de pautas de crianza más contemplativas. “Ser adulto no era ya el ideal (...) pasó a ser sinónimo de viejo como tal, desacreditado en un mundo que ponía al joven sobre un pedestal.” (Di Segni, 2004, p. 55)

En ausencia del mandato autoritario, apareció la angustia. Se trataba de criar a los hijos de forma diferente a la crianza recibida, pero ya no era tan claro a través de qué mecanismos. En el entendido de que el exceso de represión generaba malestar patológico, el psicoanálisis promueve el cuestionamiento al mero ejercicio del poder, abriendo la

posibilidad a un mundo sexualmente más libre y comprensivo. Se inscribe el concepto de trauma psíquico, por lo que los discursos sobre pautas de crianza van a tender a evitar el abuso y a promover el afecto. Si bien esto nació en los sectores medios urbanos, se expandió a través de los medios masivos, llegando de forma dispar a los demás sectores. Esta crisis del modelo adulto produjo la coexistencia de varios modelos parentales, bastante diferentes entre sí. (Di Segni, 2004)

Se mantuvo la existencia del adulto tradicional, heredero de los valores decimonónicos. Con un punto de vista sobre la vida de tinte conservador, hace gala de formalidad y culto a la rutina. No comprende los cambios sociales y se posiciona en contra, manteniendo muchas veces la rigidez de los roles de género todo lo posible. Este adulto tradicional si bien suele tener un comportamiento autoritario, que muchas veces genera violencia por la incomprensión del medio y de sus propios hijos, tiene como punto favorable que ofrece un marco de referencia claro. Explicita lo que espera de sus hijos, y esto les permite identificarse o rebelarse contra él. Como docente, este perfil tradicional genera distancia y a veces temor, pero es tal el nivel de su exigencia que quienes logran destacar pueden llegar a sentir que obtuvieron algo valioso. (Di Segni, 2004)

Nace el concepto de adulto-adolescente como una forma de investir a esta modalidad de vivir la adultez de una forma contracultural a los valores tradicionales, y acorde a los mandatos sociales que posicionan a la juventud como objeto de adoración en sí mismo. Di Segni (2004) los describe como adultos emblemáticos de su época, que reniegan de ejercer su rol y mantienen modos de vestir y de decir de apariencia adolescente. Las particularidades del modelo identificador van a depender de a qué época fijaron sus adolescencias, pueden ser hippies, new age o aburguesados anarquistas, pero mantienen en común el transmitir una postura relajada y comportarse con displicencia. Lo que significó para las adolescencias de los años 60 destruir la brecha, en relación a los abusos de poder parentales, para estos adultos-adolescentes consiste en fundirse a imagen y semejanza con los jóvenes. Como figuras parentales no están dispuestos a realizar sacrificios, a poner límites y mucho menos hacerlos respetar, ni generan ningún tipo de marco normativo como referencia. El lugar de adultos queda vacante y muchas veces los hijos ejercen de consejeros para sus padres o atienden a sus hermanos menores en caso de tenerlos. Con demagogia disfrazan de democracia su desinterés o incapacidad de tomar responsabilidades adultas, y sus hijos crecen con mucha libertad y la viven desde el abandono. Como docentes saben cómo conectar con los estudiantes, ya que son agradables y accesibles, pero no dejan demasiada huella. Un factor muy positivo que tiene esta modalidad de vivir la adultez es en relación a la apertura y a la comunicación que pueden generar con los verdaderos adolescentes, más allá de que luego no sostengan un rol de referencia.

El modelo que según Di Segni (2004) manifiesta la gran mayoría de los adultos actuales es el de la inseguridad. Estos adultos inseguros se caracterizan por problematizar su rol en búsqueda de no repetir el autoritarismo de sus propios padres pero sin dejar de ejercer un rol responsable. Se mueven en un continuo de intentar poner límites y ser a su vez cálidos y complacientes, quedando muchas veces en un lugar contradictorio, ya que tienen fuertes conflictos con el ejercicio del poder y la autoridad, pero lo entienden necesario. Cuando disuelven el poder que tienen y se comportan de forma permisiva, en casos extremos pueden criar niños hipermaduros o rígidos que compensan la vaguedad de sus padres. Pero cuando logran sintetizar la cultura tradicional de la que provienen con la cultura adolescente, pueden conseguir cierta armonía. Son adultos que en ausencia de referentes parentales propios en los que sentirse respaldados, consultan profesionales en búsqueda de guía. De los tres tipos de adultos que se conceptualizan, es el que tiene más capacidad adaptativa. Los docentes con este perfil si bien generan situaciones en las que, siendo detectados como inseguros, se les descontrolan los grupos, tienen la capacidad de autocuestionarse y explorar métodos novedosos.

3.2. Adultos como referentes afectivos.

Más allá de estos formatos de adultos contemporáneos posibles, existen diferentes modos de ejercer la parentalidad. Se toman ideas de Baumrind (1962, actualizadas por Maccoby y Martin, 1983, citadas por Cordero y Calventus, 2022), y se desarrollan cuatro estilos parentales que se conceptualizan desde las diferentes prácticas de interacción con los hijos, de cuya interpretación sobrevienen diferentes climas afectivos. Estos estilos parentales van a impactar en el bienestar psicológico de los adolescentes. Según el patrón predominante de interacción analizado desde los ejes responsividad/calidez, y demanda/expectativa, se van a componer cuatro estilos diferentes. En un contexto de alta demanda y baja responsividad, se ejerce un tipo de parentalidad autoritaria, que se basa en la obediencia y limita la autonomía. En contraposición, un estilo permisivo habilitaría la autonomía desde una alta responsividad y una baja demanda. El estilo autoritativo se presenta con una alta demanda y expectativa, y ofrece alta responsividad pues se implica desde una crianza basada en acuerdos. El cuarto estilo es el negligente, que no ofrece cuidados, ni controles, que no demanda nada y no espera nada tampoco, de cierta forma es un estilo de parentalidad basado en la ausencia.

La ausencia del otro en su función libidinal da lugar en los niños pero también en los adolescentes a un sentimiento de desvalimiento, y a la más profunda de las angustias (...) un adolescente que aún requiere de un otro que acompañe, que no sea incondicional pero sí que esté disponible (Firpo, 2015, p. 58).

Estos estilos de parentalidad, señalan Torio-López et al. (2008, citado por Jorge y Gonzalez, 2017), no son necesariamente generales para todos los hijos sino específicos en función de un cruce de categorías que entre otras relacionan el género, la edad, la condición de salud de los hijos y la cantidad de los mismos. También afirman que estos estilos son tendencias y es más relevante analizar las prácticas implicadas que la clasificación cerrada, que no son tan fáciles de vislumbrar en el plano de la realidad concreta. Los estilos de crianza mencionados en este estudio son concordantes con los estilos de adultos y los estilos de parentalidad explorados hasta el momento, siendo autoritarios, permisivos o democráticos, extrapolables a cada constructo mencionado anteriormente.

Los hijos de familias autoritarias tienden a reflejar retraimiento u hostilidad y los de padres permisivos fácilmente desarrollan dependencia. El estilo de crianza democrático al ser flexible y caracterizado por una sana ponderación de afecto, comunicación y control, suele producir sujetos más responsables y que se manejan con autonomía. (Martínez Priego et al., 2014)

Existe correlación entre el estilo parental, el tipo de vínculo de apego y la capacidad de adoptar una perspectiva empática de la vida. Páez y Rovella (2019), sostienen que si durante la adolescencia se perciben prácticas de aceptación, asociadas al estilo de crianza democrático, se generan mayores posibilidades de sentir compasión. Y que al contrario, los hijos de padres autoritarios o negligentes tienden a desarrollar menor capacidad empática. (p.34)

Se han realizado investigaciones estudiando la correlación entre psicopatología adolescente y estilos de parentalidad. Estas demuestran que hay una relación entre ambas variables. Sin embargo, no se puede concluir si las prácticas parentales son causa o consecuencia de las alteraciones de conducta de los hijos (Romero y Iglesias, 2009, p. 75).

En el proceso de construcción subjetiva adolescente, en el ámbito o terreno de la condición adolescente, un aspecto fundamental es el rol que ocupan las figuras parentales, los/as referentes afectivos/as adultos/as y las instituciones como soporte y basamento para esa construcción subjetiva. Así como también es cierto que es necesario que exista desde la niñez otro que ampare, acompañe y apuntale. (Blanco et al., 2023, p.17)

El funcionamiento familiar, tomando las teorizaciones de Olson (1979, citado por Martínez Priego et al., 2014), se funda en tres ejes: cohesión, adaptabilidad y comunicación. Estas variables impactan en la conformación de la personalidad de los hijos y a su vez se

relacionan interaccionando entre sí. La cohesión tiene directa relación con la autonomía y la identidad. La adaptabilidad con la capacidad de la familia de aceptar los procesos de transformación. Y finalmente la comunicación, que modifica el tipo de cohesión y adaptabilidad, clarifica o entorpece los mensajes que van a repercutir en la autoconfianza y el apego. Tratándose sobre todo de la etapa adolescente, es importante en esta reconfiguración que implica el proceso, que existan familias que apuntalen en la medida justa.

En este tiempo de separación de los padres, y de un nuevo lazo con la realidad es imprescindible la noción de permanencia, de estabilidad y de puntos de referencia simbólicos que no interfieran en el desasimiento de la autoridad parental (Firpo, 2015, p. 75).

3.3. Sobre rivales, semejantes y sostén.

En la conformación identitaria y de la vida psíquica del sujeto interviene la influencia de los hermanos y hermanas, al igual que su no existencia. Kancyper (2004) desarrolla el concepto de complejo fraterno que consiste en los deseos hostiles y amorosos que se manifiestan como dinámicas en respuesta a la interacción entre hermanos. Este complejo cumple cuatro funciones sustantivas que hacen a la exploración identitaria y al desarrollo de dinámicas de relacionamiento con el contexto. La función elaborativa colabora con la superación y elaboración de los remanentes de la dinámica edípica y del narcisismo. Por esta vía se elabora también la rivalidad con los semejantes, en un contexto donde el sujeto no permaneció fijado a la fraterna. La función estructurante participa en las configuraciones de las dimensiones intersubjetivas, intersubjetivas y transubjetivas, en los procesos identificatorios, en la constitución del ideal del yo y el superyó y en la elección de objeto. La función defensiva aparece cuando el sujeto encubre conflictivas narcisistas o edípicas no resueltas. Está relacionada con el fenómeno de desplazamiento que origina malentendidos, que en algunas ocasiones son propiciados por los propios padres. Cuando esto sucede lo que podrían ser lazos de confraternidad se vuelven interacciones hostiles. Finalmente la función sustitutiva aparece con la posibilidad de compensar funciones parentales fallidas. También puede operar para desplazar en los hermanos lo que no se pudo elaborar para con los progenitores o en una modalidad defensiva, la hostilidad hacia ellos.

A diferencia de los lazos familiares, se puede definir a la amistad como “una relación de hermandad elegida, no impuesta por lazos consanguíneos, institucionales ni históricos, en la que no hay dominador ni dominado” (Kancyper, 2015, p. 38). Según este autor, se caracteriza como una relación horizontal que despliega ternura como respuesta a la inhibición en presencia de la pulsión erótica que la habita. Se puede plantear como un refugio intrapsíquico que a la vez que subjetiva y demarca al individuo, lo hace consciente de su co-pertenencia con los otros. Es una tarea desiderativa que implica un cuidado recíproco que se elige voluntariamente. A diferencia del amor de pareja, se plantea como una relación interpersonal más libre y menos exigente. Cumple las funciones del complejo fraterno, a las que suma la función ontológica, aporta el “con-sentimiento del puro hecho de ser y existir” (p. 43).

Kancyper (2014) propone sumar a la segunda tópica freudiana que abarca las instancias psíquicas ello, yo y superyó, una cuarta instancia en forma de representación figurada de la persona del amigo como un objeto interno auxiliar. Esta cuarta instancia complementaría a las tres anteriores. La esboza cumpliendo un rol de contrapeso de las exigencias y frustraciones provenientes de los objetos originarios, desde su lugar de producto de las identificaciones y desidentificaciones de los objetos exógenos. Localiza al amigo al lado del Yo, en el campo intrasubjetivo. Funciona como un posibilitador del desasimiento de las figuras parentales y fraternas, o sea, de la salida exogámica. Este otro-sí mismo desarrolla funciones estructurantes, defensivas, identificatorias y ofrece un espacio de duda que contrarresta la urgencia y la exigencia de las instancias yoicas. Esta conceptualización permite vislumbrar el impacto que tiene la dinámica de la amistad en la constitución psíquica de los individuos.

La amistad entonces “genera procesos de subjetivación, espacios de ampliación de posibilidades, creación de confianza y respeto” (Lydynia de Moscona, 2021, p.42). No lograr crear y sostener vínculos de amistad profundos genera malestar en las personas. La falta de disponibilidad a la entrega, sostiene Lydynia de Moscona (2021), se puede deber a la pertenencia a una familia endogámica que no extiende los lazos de sociabilidad más allá del círculo propio. También el sujeto puede presentar secuelas inhibitorias a causa de haber atravesado situaciones traumáticas como la exclusión y el bullying, que repercuten en sus posibilidades de generar vínculos amistosos. “Pen-sar y pensarse con y entre otros constituyen encuentros que producen experiencia, habitando zonas enigmáticas propias de los mundos vinculares con devenires imprevisibles.” (p.47)

3.4. Amores jóvenes.

Junto con el afianzamiento de los vínculos de amistad, en la adolescencia ocurren también las primeras aproximaciones al amor de pareja. La cultura va forjando los roles de género, que van a repercutir en las modalidades de relacionamiento sexoafectivo de las personas, quienes verán configurado su “interior afectivo” a través de las experiencias. (García 2007). Es en la adolescencia en donde se fijan las primeras pautas que van a acompañar a lo largo de la vida. Esta etapa encarna el primer contacto con los mitos sobre el amor romántico. Estos giran en torno a la permanencia, la entrega, los celos como algo positivo, la omnipotencia del amor ante toda contrariedad, la heterosexualidad y la monogamia como únicas formas de relacionamiento válido. El carácter incipiente de las relaciones adolescentes, enmarcado en esta mitología, pueden generar malas estrategias de pareja y relaciones ineficaces, y en casos extremos habilitar comportamientos violentos (Gómez y Viejo, 2020). En contraposición al amor romántico que sostuvo su hegemonía durante siglos, Giudens (1992, citado por García, 2007), introduce el concepto de amor confluyente. Este es visto desde el presente, y es valorado mientras dura. Conlleva intimidad sin suponer fusión, y se basa en la no idealización del partenaire, sino más bien una invitación al registro y al conocimiento mutuo. Se propone como modelo alternativo y en los últimos años está tomando relevancia como una posibilidad. Sin embargo, en investigaciones realizadas en adolescentes se revela que los perfiles entre mujeres y varones están influenciados en mayor medida por el amor romántico. Las mujeres constituyéndose identitariamente en base al afecto y el cuidado en relación a sus parejas, y los varones sobre la premisa de la conquista y la posesión (García 2007).

En este marco aparece también el riesgo de que exista violencia en el noviazgo. Como factores predictores que aumentan la prevalencia de padecerla o ejercerla, aparecen la presencia de violencia entre los padres, el abuso de bebidas alcohólicas, los roles tradicionales de género con sus correspondientes dinámicas de poder en las relaciones, y el maltrato infantil (Dardis et al., 2015, citado por Rey Anacona et al., 2021). El haber experimentado violencia durante la infancia por parte de un adulto, explicaría una mayor tendencia a tolerar las situaciones de violencia en el noviazgo (McNaughton et al., 2015, citado por Bonilla y Rivas, 2020).

4. Desde el sistema de salud.

4.1. El todo es más que la suma de las partes.

Viñar (2009) habla de adolescencias, en plural, como forma de preservar las diferentes modalidades desde las que se habita. Diferencias que parten de la estructuración psíquica e identitaria, y de condicionamientos socioculturales también. Estas producen diversas adolescencias que comparten algunos rasgos pero también se expresan y vivencian distinto. Porque el individuo está inserto en un contexto que lo construye y lo recibe. El ser humano se constituye junto a los otros, y se ensalza desde lo grupal. La clínica con adolescentes no está exenta.

Las intervenciones grupales son promovidas desde el Plan de Prestaciones en Salud Mental como una modalidad de atención. El encuadre propuesto indica que deberán ser grupos abiertos, de un máximo de 15 o 10 integrantes según el modo al que haga referencia, con dos coordinadores. El modo está diferenciado por el tipo de problemática y población objetivo. El Plan de Prestaciones en Salud Mental propicia la diversidad teórica y técnica (MSP, 2011).

Es pertinente identificar que dentro de los dispositivos grupales se puede realizar terapia en grupo y terapia de grupo. Esta precisión es relevante en cuanto a que no son lo mismo (Fernández, 1999). En los casos en los que el objetivo es resolver las dificultades individuales se trata de terapia en grupo. Si bien el interjuego dinámico que se da en un grupo terapéutico es diferente al que ocurre en un tratamiento individual, es el individuo quien está en el centro de la relevancia. El contexto grupal favorece pensarse con perspectiva, permite identificar las vivencias comunes de sus integrantes y jerarquizar las problemáticas propias al poder contrastarlas con las ajenas (Speier et al., 1977).

Conceptualizar lo grupal, para Fernández (1999), implica realizar una genealogía que va lo va delineando mientras puntualiza lo que no es. Los grupos, por ejemplo, no lo son. Lo grupal aparece como una unidad con intenciones, deseos y sentimientos propios, y esto es una ficción. También lo es, pensar que el peso individual impide pensar un plus grupal. Lo que no es ficción, aunque implica cierto reduccionismo, es pensar lo grupal como intermediario, con una función articuladora. El campo grupal se presenta como una tensión entre lo singular y lo colectivo, o sea entre lo individual y lo social. En afán de dar resolución a esta tensión, el grupo se puede desarrollar como un espacio de despliegue de singularidades con sus correspondientes juegos especulares, abandonando toda pretensión

de generar acontecimientos grupales en sí mismos. Lo grupal no se produce más que como escenario. Propone, entonces, un ejercicio teórico de cambio de paradigma, para sostener lo grupal sin reducirlo. “Singularidad y colectividad que sólo sosteniendo su tensión hacen posible pensar la dimensión subjetiva en el atravesamiento del deseo y la historia” (Fernández., 1999, p.17).

La psicoterapia psicoanalítica grupal, cuando está enfocada en el grupo y no en el individuo, toma al grupo como productor de fantasías colectivas. Las interpretaciones se hacen sobre el sujeto inconsciente, que es portado por los integrantes del grupo. Y es la fantasía inconsciente grupal, la que traduce, como denominador común, las fantasías individuales. El grupo se definió como una totalidad, un organismo vivo, y esto constituyó un obstáculo epistemológico, ya que se instrumentó la teoría psicoanalítica volcada al campo grupal sin modificaciones. El encuadre en el que se desarrolló la situación grupal constó de siete u ocho integrantes sentados en círculo, horizontalizando la relación, de los cuales se esperaba participaran todos activamente. La dinámica se basó en la asociación libre de los contenidos espontáneos que los integrantes aporten al grupo, objeto de interpretación al igual que las actitudes y relaciones. Con esta estructuración, las partes quedan desperdigadas en el todo, al no poder sostenerse la tensión existente. Otra posibilidad es tomar una expresión singular como emergente, asumiendo que expresa una manifestación grupal, y no del individuo que la porta. Muchas teorizaciones mediante, lo grupal se agota como objeto discreto y queda planteado como campo de problema, el cual debe ser abordado desde lógicas pluralistas que contemplen aristas interdisciplinarias (Fernández, 1999).

Kaës (2008), desde una perspectiva psicoanalítica, analiza el impacto de las relaciones con el espacio psíquico del grupo primario en la constitución psíquica del sujeto. Desarrolla un modelo de aparato psíquico grupal. Lo entiende como un dispositivo de ligazón y transformación, que con el fin de generar conexiones asociativas, produce y trata la realidad psíquica grupal (Kaës, 2000). Al proceso asociativo lo determina la interrelación de las categorías intrapsíquicas, intersubjetivas y grupales (Kaës, 2008). El aparato psíquico grupal se apuntala sobre las formaciones grupales individuales de los integrantes del grupo, retroalimentándose (Kaës, 2000).

Retomando a Kaës (1996), Meza (2010), desarrolla tres niveles de análisis del grupo. En primera instancia, como una organización que dota de forma y estructura a los lugares intersubjetivos, que se puede observar en todos los vínculos que se constituyen en todo grupo empírico. La segunda referencia la realiza a lo que denomina “grupo interno”, del orden de lo intrapsíquico, referido a los esquemas de organización del psiquismo. Recién en un tercer nivel de análisis lógico es que aparece el grupo como dispositivo, creado artificialmente con el fin de dar soporte a la investigación y el tratamiento. Lo describe como

un pendiente freudiano en relación al paradigma metodológico que da cuenta de “los fenómenos grupales inconscientes de la intersubjetividad, más allá de su abordaje especulativo” (Meza, 2010, p. 100). El trabajo de análisis de los grupos conformados para tal fin, se focaliza “sobre los vínculos que se han constituido en el grupo original y que se repiten, se reordenan y se transforman en el espacio grupal actual” (Kaës, 2008, p.75).

Según Meza (2010), las terapias de grupo aplicadas a niños y adolescentes que sufrieron vulneraciones en sus derechos, representan varias ventajas. Permiten ofrecer cobertura a mayor número de personas. Representan también un espacio propio para expresarse sin sentirse aislados y estigmatizados. A la vez, brindan la posibilidad de aprender a relacionarse saludablemente con pares y adultos, en un entorno cuidado.

El desarrollo de habilidades sociales es una de las modalidades de trabajo grupal desde un enfoque gestáltico. Las mismas se entienden como la capacidad de interaccionar con el entorno social de manera efectiva, seleccionando la mejor estrategia de la que se disponga. Cumplen una función adaptativa, que interviene en el desarrollo de la autoestima. Se trata de habilidades relativas a la inteligencia interpersonal, que en primera instancia se incorporan a través de los modelos familiares. En los dispositivos de grupalidad adolescente se pueden trabajar mediante el juego. En las dinámicas lúdicas entre pares, a través de la colaboración y la competencia, se puede aprender regulación emocional y mejorar la comunicación interpersonal. Son habilidades que se aprenden en la práctica, en un contexto de juego que facilita el involucramiento sin exigencia de rendimiento. Estas instancias suelen ser bien recibidas entre niños y adolescentes (Rodríguez et al., 2016).

4.2. Prácticas en Salud Mental contextualizadas.

Stolkiner (2021) ofrece explicar el concepto de salud mental desde una perspectiva integral. Las acciones de las comunidades, desde el punto de vista de su participación, son determinantes para crear una ruptura en la hegemonía del poder - saber sobre las prácticas en salud mental. Es importante trascender el dualismo mente - cuerpo, entender la salud como una unidad indisociada, que va a estar determinada coyunturalmente. Plantea que la sociedad actual expresa un modelo de exclusión, el cual torna inestables las relaciones en el mundo del trabajo. Como consecuencia, desaparecen las representaciones de progreso y seguridad y las construcciones identitarias se ven fragmentadas. La amenaza de vulneración social se transforma en una constante. “Cuando la realidad y los otros requieren

del máximo de atención para garantizar la sobrevivencia, el malestar subjetivo sólo suscita la necesidad de eliminarlo (...) para concentrarse en el afuera amenazador, limitando las posibilidades de elaboración". (p. 131)

El desamparo se puede observar, en primera instancia, en la institución familia que se debilita, por lo antes expuesto, y cuyos miembros más frágiles (los dependientes, por edad o por salud) pierden continencia. Esta tendencia a la fragilización se puede observar estudiando el campo de las problemáticas de Salud Mental. Estas manifestaciones, si bien son disímiles, se agrupan categorialmente porque comparten naturaleza: ser producto de las imbricaciones entre lo social, lo subjetivo y lo biológico. De la mano de las nuevas configuraciones familiares, unidades domésticas cuya integración es muy variada, aparece el Estado de bienestar reconociendo el rol de la sociedad en el proceso de reproducción social. En este entretejido de precarización y transformación, es el Estado a través de los servicios de Salud Mental quien recibe "a los que fracasan o se desmoronan en este proceso de sobrevivencia" (Stolkiner, 2021, p.168).

La accesibilidad del servicio, sostiene Stolkiner (2021), junto con la implementación de políticas sociales, son las estrategias con las que cuentan los grupos familiares pobres, para preservar su salud. Esto a su vez tiene un efecto subjetivante. La participación ciudadana habilita a que las prácticas en Salud Mental, no sean interpretadas en los sectores vulnerables como prácticas asistencialistas y la gratuidad del servicio no se perciba "como una dádiva que no habilitaba para reclamar frente a los inconvenientes" (p. 149). La autora plantea que no son iguales las situaciones de los sectores medios que pierden ingresos, quedando en una situación vulnerable, a las de quienes presentan pobreza estructural.

La salud, sostiene Stolkiner (2021), desde un enfoque de derechos, debe promover una mirada interdisciplinaria y pluralista. Sería deseable que, apuntando a una gestión colegiada, ofrezca un espacio para que los usuarios expresen sus necesidades. Ser concebidos como sujetos y no como objetos de atención. "No es lo mismo hablar de otros que no tienen voz, que tener que incorporarlos en algún "nosotros" (p. 39). A su vez, en la concepción del proceso de salud enfermedad, se agrega el cuidado, poniendo énfasis en quitar la centralidad de las instituciones y "reconociendo que buena parte de las acciones de salud suceden en las vidas cotidianas y en las prácticas de los conjuntos sociales y los sujetos" (p. 181).

Stolkiner (2021) invita a problematizar sobre las condiciones de trabajo del personal de la salud, ya que la coyuntura que atraviesa a la sociedad en sí, no le es ajena. Plantea que la sobre ocupación recorta las posibilidades de participación. También, señala que la práctica psicoanalítica en las instituciones, exige realizar un cuestionamiento sobre el encuadre, ya que existe la tendencia a confundir el ejercicio de un derecho, con un acto de

beneficencia. El no pago de las sesiones, no implica que, en un sistema impositivo con alta regresividad, (impuestos indirectos aplicados al consumo), el usuario no esté pagando por el servicio (p. 131). En el interior de los equipos de Salud Mental, la autora sostiene que es importante que exista un espacio de intercambio que escape a la racionalidad administrativa. Una instancia en la que los miembros puedan interactuar generando un movimiento transicional, entre sus vidas y la realidad del servicio, que muchas veces es dolorosa. Señala que este tipo de dispositivos espontáneos mejora cualitativamente la actividad (p. 279). Supone que por la naturaleza del servicio, los conflictos no suelen cursarse de forma explícita.

Frente a una situación problemática tiende a generarse un malestar difuso que se manifiesta en aislamiento, desinterés y disminución de la capacidad creativa y productora. Es como si las prácticas se perpetuaran en rituales vaciados de contenido y las formas organizativas tendieran a desagregarse sin explosividad conflictiva. Son frecuentes las quejas que no se concretan en protestas reales ni en propuestas de cambios. (p. 285)

Denuncia a su vez que “las prácticas en los servicios suelen tener poco tiempo y espacio para sistematizar preguntas y conocimientos” (Stolkiner, 2021, p. 366). Las condiciones de existencia que sustentan el entramado social son las mismas que atraviesan a los servicios de salud y a quienes trabajan en ellos.

B - Articulación teórico clínica.

1. Presentación del dispositivo grupal.

El dispositivo grupal se planificó como un grupo abierto, con la condición de que no superara los diez integrantes simultáneos. Esto responde, por un lado, a las necesidades locativas del servicio, y por otro, cumpliría con las formalidades del modo 2 del Plan implementación de Prestaciones en Salud Mental. (MSP, 2011). La frecuencia de los encuentros se planteó que fuera de carácter semanal y que no coincidiera con las actividades académicas de los/las adolescentes.

Se comenzaron a realizar las actividades, los días lunes de 18 a 19:15 hs, a partir del mes de mayo del año 2023. La elección del día de encuentro fue consecuencia de las

agendas de la psicóloga y practicante, sólo que por ser lunes, varios de ellos fueron suspendidos por ser feriados.

El objetivo del grupo, en primera instancia, se planteó como ofrecer un espacio de escucha y acompañamiento de estos jóvenes, en sus problemáticas individuales, que se encontraban atravesadas por las condiciones contextuales de ser adolescentes. Con el avance de la experiencia, quedó claro que el objetivo del grupo debía apuntar a establecer y promover el lazo social. Independientemente de las singularidades que presentaban los y las usuarias, era claro que el emergente colectivo se manifestaba en forma de profundos problemas para establecer vínculos entre pares, sobre todo amistoso.

La metodología de trabajo se basó en habilitar la palabra. Por tratarse de adolescentes, que muchas veces presentan reticencias a mostrar su afectividad en público, se utilizaron mediadores lúdicos y expresivos como elemento que se pone en juego como técnicas frente a propuestas de grupalidad con adolescentes (Rodríguez et al., 2016).

El rango etario a abarcar, en principio se fijó para las edades de 14 a 16 años. Al transcurrir la experiencia, se flexibilizó en función de la etapa de maduración de la persona y la compatibilidad que ofreciera con la del grupo. Finalmente ingresaron dos adolescentes de 13 años y una de 18, que no presentaron disonancias con el acontecer colectivo. Durante el transcurso de la experiencia, la integración del grupo fue variando, si bien algunas integrantes sostuvieron el proceso de principio a fin, aunque de forma irregular.

En total transitaron por el grupo cuatro varones, de los cuales solo uno de ellos participó en la mayoría del proceso. Dos abandonaron a los meses de ingresar, y el restante se incorporó recién el último mes. Las mujeres, que fueron mayoría en el grupo, en total fueron ocho, pero no estuvieron todas en los mismos períodos. Sólo tres de ellas concurren mayormente de principio a fin. Otras dos, participaron en pocos encuentros. Al parecer estaban en una exploración más adultoide y no encontraron resonancias en el grupo. Las restantes ingresaron luego de ya avanzada la experiencia.

Previamente al comienzo de las actividades, se realizaron entrevistas para decidir la conformación del grupo. En primera instancia se realizaron derivaciones en función de la pertinencia al dispositivo grupal en referencia al momento y problemática del/la adolescente. Sólo una de las adolescentes entrevistadas a priori no ingresó al grupo, porque impresionaba desorganizada y esto la dejaba por fuera de los criterios de inclusión.

La mayoría de las primeras personas que integraron el grupo al comienzo, habían participado de un proceso individual, y sus respectivos profesionales tratantes consideraron que estaban en un momento en el cual la interacción grupal, les iba a resultar favorable. En un caso, la persona estaba en lista de espera por haber sido tratada por el practicante anterior, pero su sintomatología, si bien se había visto disminuida, permanecía dificultando su interacción con el entorno. En otros casos, fueron adolescentes que ingresaron por

primera vez al servicio a través del Comité de niños, niñas y adolescentes, conformado por Trabajadora Social, Psiquiatra pediátrica y Psicóloga. En los casos en los que la demanda no quedaba del todo clara, se decidió en la instancia interdisciplinaria que el dispositivo grupal presentaba una oportunidad acorde para descifrarla. Dos de los ingresos al grupo, respondían a órdenes judiciales de diferente naturaleza, un caso por situación de abuso de larga data y otro por una situación de violencia.

Algunos y algunas adolescentes de los que fueron derivados por sus profesionales tratantes, durante el transcurso de la experiencia, impresionaban cursar sintomatología ansiosa y depresiva (como respuesta a situaciones adversas, víctimas de abuso, duelos, expresión de situaciones familiares) Ninguno de los chicos o chicas que formaron parte del grupo estaba ahí exclusivamente por acompañamiento en el transcurso de su condición adolescente (Cao, 2014), más allá de que la misma, se puede interpretar como el entramado en el que se desarrollan las respuestas a estos eventos aversivos, que los habían llevado a consultar en primer lugar.

El grupo funcionó desde mayo de 2023 hasta enero de 2024 inclusive, momento en el que la practicante terminó su proceso.

2. Insistencias de la condición adolescente

En el presente capítulo es importante descifrar y analizar, las recurrencias que aparecieron en el grupo, sobre ciertas temáticas que hacen al proceso de subjetivación adolescente y la condición adolescente. Los procesos de reformulación del narcisismo, remodelación identificatoria y trasbordo subjetivo, desarrollados por Cao (2013) como puntales de la condición adolescente, se ven atravesados por el desarrollo de la autoestima. Es así que este concepto será el hilo conductor a través del cual se realizará la articulación de las resonancias observadas en el dispositivo grupal, con el marco teórico previamente planteado.

En concordancia con Cao (2013), que sostiene que la reformulación del narcisismo es eje central de la clínica con adolescentes, es pertinente explorar los factores que influyen en la reconfiguración de la autoestima de los integrantes del grupo. Para Viñar (2009) la autoestima descansa sobre el cuerpo en la etapa adolescente. Los y las integrantes del grupo, desde una amplia variabilidad de corporalidades, manifestaban sentirse disconformes con sus cuerpos, en algunos casos hasta incómodos. Freire (1992) sostiene que los

cambios en el esquema corporal representan una pérdida de identidad, lo que habilita la necesidad de una remodelación identificatoria, que según Cao (2013), se va a nutrir de la búsqueda de puntales y modelos. Esto se realiza en primera instancia dentro del ámbito familiar y luego entre pares.

Los adultos de referencia para los y las adolescentes del grupo se presentan, según la categorización de Di Segni (2004) como adultos inseguros o adultos adolescentes.

En casi todos los casos, los y las adolescentes no conviven con sus padres y madres. Solo una de las integrantes del grupo pertenece a una familia nuclear. En la mayoría de los casos lo hacen con sus madres, y comparten con sus padres escasos momentos. Algunas de las adolescentes ni los conocen. Otras, vivieron situaciones de violencia de parte de sus progenitores. En ocasiones son las abuelas o las tías las referentes afectivas y prácticas en la vida de dos integrantes del grupo. Si bien padres y madres viven y no están privados de libertad, por circunstancias de consumo o negligencia, son otras las referentes familiares que se hacen cargo.

Los estilos de parentalidad de estos adultos de referencia, según el desarrollo de Cordero y Calventus (2022), oscilan entre el autoritarismo y la negligencia. No aparece en el relato de los integrantes del grupo un adulto con características responsivas, por lo que los modelos permisivo y autoritativo aparentan estar ausentes. En varias ocasiones el tema de los encuentros ha girado en torno a episodios anecdóticos de relacionamiento con los adultos de referencia, en los que los adolescentes han expresado necesitar mayor contención y respuesta, sin haberla obtenido. Aparece la falta de ese adulto que ampare, acompañe y apunte que es fundamental, según Blanco et al. (2023), para el proceso de subjetivación adolescente. Como consecuencia de estas modalidades de invertir la adultez, se puede observar en los y las integrantes del grupo manifestaciones de desvalimiento, concordante con las ideas de Firpo (2015) relacionadas con la necesidad de un adulto que ofrezca disponibilidad y puntos de referencia simbólicos, que promueva el desasimiento de la autoridad parental en condiciones óptimas. La falta tiene consecuencias en su autovaloración.

En implicancia con esta falla adulta, se puede identificar en el relato de algunas de las adolescentes el cumplimiento de la función de sustitución del complejo fraterno. Kancyper (2004) explica que esto sucede cuando se compensan funciones parentales fallidas. Existen en el grupo situaciones de cuidado hacia hermanos menores, que ejemplifican esto, y también desplazamiento de hostilidad hacia adultos referentes depositada en hermanos, que es otra de sus manifestaciones.

Para el desarrollo de la autoestima, según Firpo (2015) es fundamental la imagen que los pares les devuelven de sí mismos. En cuanto a la socialización de este grupo de adolescentes y lo que parece nuclearlos, aparece la dificultad para entablar lazos profundos

de amistad con pares. Poder ofrecer y a la vez recibir contención de sus coetáneos es algo para lo que manifiestan no tener energía. Expresan que “da mucho trabajo” tener amigos. Indagando en los motivos, aparece en primer lugar, el haber sido víctimas de bullying en la escuela lo que es concordante con las observaciones de Lydynia de Moscona (2021). Esta autora, sostiene también que el hecho de no lograr profundidad en este tipo de vínculos genera mucho malestar. Los adolescentes del grupo en primera instancia no lo reconocen, pero luego afirman que una de las motivaciones por las que no sienten interés genuino por la actividad liceal es que no cuentan con amigos en la institución.

En línea con lo que expresan Barrios y Frías (2016), es esperable que los chicos que tuvieron un soporte familiar inestable y disfuncional, y poca vinculación con sus compañeros, sientan por la institución educativa rechazo, o en el mejor de los casos apatía. Lewkowicz (2004) expresa que existe un desajuste en la situación de aula entre docentes y estudiantes, como consecuencia de transitar diferentes modos de subjetivación. En línea con esta observación, los y las integrantes del grupo sostienen que no logran conectar con sus docentes. Lo que Corea (2004), desarrolla como habituación a la sobresaturación de estímulos, explicaría que adolescentes que no se sienten motivados, no manifiesten interés por las instancias educativas formales. Se acuerda con Di Segni (2004), que el incentivo que ofrece la institución educativa para que realicen el esfuerzo de aprender, en muchos casos no les resulta suficiente. No está alineado con su propio proceso de subjetivación. A esto se suma que sus últimos tránsitos por la escuela y los primeros del liceo fueron en época de pandemia por Covid 19. Esto implicó cursada virtual, que según Lamus et al. (2022), genera desinterés por la actividad educativa. Uno de los temas recurrentes tratados en el grupo fue el abandono de la UTU de uno de los integrantes, que coincidiendo con las observaciones de Gómez et al. (2024), explica su desmotivación a causa de la baja en el rendimiento, al no asistir asiduamente una vez re instaurada la presencialidad. Estos autores citando a Fishben y Ajzen (1975), sostienen que justamente el concepto que el estudiante tiene de sí mismo es un factor decisor a la hora de evaluar la continuidad en los estudios, por lo que en este ejemplo también se puede observar un conflicto con la autoestima.

El alejamiento del ideal del yo, según Firpo (2015), atenta contra la autoestima adolescente. El fracaso académico dificulta la proyección a futuro. El transbordo imaginario necesita de esa proyección para poder realizarse, según Cao (2013) por lo que en este grupo, tomando como base la problemática singular de uno de los integrantes, se trabajó la relación con el ámbito académico y la noción de proyecto de vida. El verse alejados de las posibilidades que ofrece la sociedad del consumo desarrollada por Bauman (2004), según Cao (2013), también impacta en la autovaloración. La mayoría de estos chicos y chicas tienen muy poco acceso a cumplir con las exigencias materiales de la sociedad actual, por lo que su futura inserción en el mercado de trabajo, como así lo demuestran cuando se

expresan en relación a dicha temática, no parece ofrecerles demasiadas alternativas. Dentro de las fantasías de proyección a futuro, aparecen en la mayoría empleos precarizados o que exigen poca formación profesional, como por ejemplo la milicia. Esto es coincidente con el postulado de Blanco et al. (2023) cuando refiere a que la producción de subjetividad determina los modos en los que se van a constituir los sujetos para integrarse a los roles sociales que se les ofrecen.

Contextualizando el comienzo de sus actividades liceales en los años de pandemia, se puede comprender el motivo por el cual, una vez instaurada la presencialidad, los códigos de relacionamiento de la virtualidad perdieran vigencia. Sin embargo, en el entendido de que no conocen otros, porque les resulta, en primera instancia una situación inédita, se explica el porqué no saben cómo hacer amigos entre sus compañeros y compañeras. No es raro que adolescentes dentro de un mismo espacio físico, se comuniquen a través del teléfono móvil, como sostienen Hernández Ortega y Rayón-Rumayor (2021), adoptando la modalidad virtual en una situación presencial.

La virtualidad hizo necesaria la redefinición de los conceptos de cercanía, intimidad y sentido de pertenencia al grupo de pares, según Gómez-Urrutía y Jiménez (2022) lo que en estos chicos y chicas, con un contexto poco contenedor, se tradujo en escasez de herramientas para realizar la adecuación necesaria para adaptarse. La posibilidad que ofrecen las redes en la modalidad de interacción virtual comporta riesgos, como sostienen Martínez et al. (2020) y también acercamiento con los otros, pero con una profundidad insuficiente para ser la única modalidad de relacionamiento amistoso, según las investigaciones de Bohórquez López y Rodríguez-Cárdenas (2014). La mayoría de los y las integrantes del grupo manifestaron contactarse con personas a través de las redes. En algunos casos se tradujo en conductas de riesgo. Una integrante del grupo estuvo expuesta a situaciones de abuso por parte de un adulto vía virtual. Según Klimenko et al. (2021) el desarrollo de habilidades sociales es un factor protector ante este riesgo y Rodríguez et al. (2016) sostienen que éstas se modelan, en primera instancia, a través de la interacción con sus referentes adultos. Esto explica el riesgo aumentado que aparece en estos casos.

Por otro lado, la modalidad virtual habilitó la comunicación con pares en los casos en los que la timidez y la escasez de autoestima dificultaron el relacionamiento cara a cara, porque, en acuerdo con Gómez-Urrutía y Jiménez (2022), posibilitan una proyección identitaria variable y performática, en la que escudarse. Las conversaciones hasta la madrugada y el uso de las plataformas de entretenimiento virtuales trajeron como consecuencia para los y las integrantes del grupo un incremento del Síndrome de retraso de la fase del sueño que describen Marcelli y Bracconier (2005). En algún caso se tradujo en la imposibilidad de asistir a clases al día siguiente como ya se señaló anteriormente en relación a la situación de ausentismo, y en otros, asistir con cansancio.

El desarrollo de la sexualidad, en consonancia con los estudios de Cao (2013), tiene implicaciones en el registro narcisista y en el montaje identitario. Son varios los factores que influyen en el desarrollo de una autoestima que habilite el intercambio saludable con el entorno y un trato amable consigo mismo. Las dificultades que presentan en relación a su autoestima los y las integrantes del grupo, se vieron reflejadas en su relacionamiento con los otros. Desde no sentir que merecen ser queridos o deseados, hasta sostener vínculos con personas que los violentan. La predisposición a tolerar violencia en el noviazgo, según investigaciones tomadas por Rey Anacona et al. (2021) y Bonilla y Rivas (2020), se ve reforzada por haber padecido abuso por parte de adultos en la niñez, lo que es coincidente con algunas situaciones que se vieron expuestas durante el transcurso del intercambio grupal. Se trabaja el tema desde una arista psico educativa. Se explica el círculo de la violencia y se habilita la expresión de las impresiones de todos los miembros del grupo. Ellos y ellas ponen de manifiesto las implicaciones emocionales y prácticas que tiene en la vida cotidiana, sostener un vínculo de esas características.

La baja autoestima origina mayor propensión a manifestar conductas de riesgo, y en el grupo esto se vió confirmado por variedad de situaciones. Aparecen en los relatos de los y las jóvenes trastornos de la alimentación, autolesiones, intentos de autoeliminación. En los casos de conductas autoagresivas las expresiones que las evocan son coincidentes con los desarrollos de Le Breton (2019) y de Marcelli y Bracconier (2005) que las explican como una mala gestión del padecimiento psíquico. A falta de capacidad de simbolización en el momento, desembocan en pasajes al acto. En los integrantes del grupo las conductas de riesgo que aparecen son mayormente manifestaciones de ordalía y sacrificio, según la caracterización de Le Breton (2013).

La vivencia de soledad se reitera en los relatos que hacen los y las adolescentes en relación a cómo se sienten, incluso cuando en sus casas comparten espacios con familiares. La presencia física de por sí no es suficiente para que un vínculo sea introyectado como sostenedor, si no la continuidad de los cuidados administrados durante la infancia.

El dispositivo grupal, según Maza (2010) es una oportunidad para que adolescentes que se vieron vulnerados en sus derechos se puedan expresar libremente sin sentirse estigmatizados. El poder compartir sus vivencias y sus interpretaciones, y darse cuenta que más allá de sus singularidades, comparten un modo de subjetivación, les da la posibilidad de encontrarse. Saber que lo que les pasa no es tan raro ni tan único, contrarresta las vivencias de soledad y el aislamiento. La siguiente viñeta, que significó un hito grupal, ejemplifica la potencia de la interacción entre pares. Corresponde a un encuentro al que asistieron pocos integrantes, y una de ellas, usualmente portavoz del grupo, se presentó dando muestras de ánimo descendido.

Al consultarla por el motivo, expresó que eran problemas “sin importancia”. Como respuesta el equipo coordinador pasó a re encuadrar el espacio desde el lugar de habilitar la palabra, ya que tratándose de un grupo terapéutico las expresiones de malestar eran válidas y no eran catalogadas sino desde la propia subjetividad de cada individuo. Entonces la integrante del grupo comenzó un relato de situaciones familiares que estaba atravesando, una de ellas judicializada, y que sumado a este hecho estaba recibiendo bullying por parte de compañeros de liceo, que le recriminaban un IAE que ella había realizado el año pasado, tratándola de “loca”. El grupo recibió la angustia que ella transmitió con muestras de empatía, buscando entre todos posibles acciones y respuestas para que pudiera de alguna manera contener y enfrentar estos episodios de bullying, y finalmente le devolvió un mensaje en el que le transmitieron, dos de los integrantes, como portavoces del grupo, que sentían mucha admiración por ella, por lo que había tenido que transitar y por los logros que había alcanzado, expresándole que para ellos era un ejemplo de superación. (Baluga, 2024, p. 28-29)

Se puede ver reflejado en esta interacción grupal como escuchar y sentirse escuchado, y poder pensar con otros, promueve el lazo social. Esto contribuye a una mayor autoestima para transitar el proceso adolescente.

3. Reflexiones a partir de la experiencia

La experiencia suscita más preguntas que respuestas, en lo relativo a la relación entre lo vincular como constitutivo del psiquismo, y al rol del lazo social como continente afectivo que limita el impacto de las hostilidades del mundo.

Resulta muy difícil y ambicioso retratar en situaciones puntuales el acontecer grupal de nueve meses de desarrollo, y como este espejó un proceso, una condición, al decir de Cao (2013), que atraviesan todos los y las adolescentes. A esto debe sumarse un entramado de situaciones de vulneración, causal por la que estos jóvenes ingresaron al servicio. Sin embargo, se puede llegar a dilucidar, a través de estos relatos, el rol del dispositivo grupal en la subjetivación adolescente. En un contexto donde el soporte afectivo y pragmático de los adultos de referencia se ve empañado por la realidad social que

atraviesa al grueso de la población y el lazo social entre pares se ve dificultado, un dispositivo grupal que lo promueva puede hacer la diferencia.

No es una constante histórica ni mucho menos generalizada en todas las adolescencias actuales, pero el conflicto que presenta la población que transitó el dispositivo para crear referencias entre sus pares fue significativo a la hora de elaborar sus problemáticas singulares. Se generaron vínculos entre los y las integrantes del grupo que no fueron ajenos a las formas de vincularse que conocían, por lo que no siempre resultaron en intercambios positivos, pero tuvieron un espacio que significó la posibilidad de elaborarlos y poderlos problematizar. El grupo funcionó, si se quiere, como un laboratorio de lazo social en el que ensayaron y pusieron a prueba sus habilidades sociales, en una búsqueda por desarrollarlas y potenciar sus factores de protección ante las conductas que significan un riesgo para sí y para otros.

El dispositivo grupal, encuadrado como grupo abierto, en consonancia con el Plan de implementación de prestaciones en Salud Mental en el Sistema Nacional Integrado de Salud (MSP, 2011) y con las necesidades operativas del servicio, significó un desafío para desarrollar la cohesión. El ingreso constante de adolescentes supuso cada pocas sesiones rondas de presentación, que para quienes llevaban bastante tiempo en el grupo resultaban notoriamente tediosas. Fue difícil sostener el espacio en invierno, puesto que en el horario que funcionaba el grupo ya había anochecido y hacía mucho frío, por lo que en muchos casos la asistencia se veía menguada. Sin embargo, algunos de los y las integrantes del grupo plantearon que el espacio les resultaba muy valioso, por simplemente contar con otros y otras que estuvieran dispuestas a escucharles.

Dentro del proceso adolescente (Cao, 2014), entablar lazos con pares significó una fuente de puntales para realizar sus remodelaciones identificadorias. Los pares con los que mayormente interactuaban eran compañeros de liceo por quienes no se sentían recibidos, con quienes no lograban crear lazos de intimidad. El contexto social actual de violencia que está atravesando el país, significó que transitar las calles, el barrio, no siempre fuera una opción segura, por lo que buscar amigos fuera de la institución educativa implicaba mayores dificultades. Aún en el entendido de que por haber sido víctimas de bullying el entorno les resultara hostil, el comprobar que entre los integrantes del grupo existían problemáticas comunes, les permitió a pensar la posibilidad de que los otros tenían algo valioso para ofrecer. Más allá de las ansiedades puntuales, siempre se trataron con respeto, lo que costó fue trascender la indiferencia, que respondía más que nada a timidez y poco desarrollo de habilidades sociales.

Por lo que plantearon en su mayoría, la visión de futuro les resultaba incómoda y hasta improbable. Sus referentes adultos no parecían transmitirles tener grandes expectativas sobre ellos, y sus vínculos entre pares eran dificultosos. El cumplimiento del

ideal del yo aparecía cada vez más lejano y el trasbordo imaginario que desarrolla Cao (2014) se veía entorpecido por autoestimas flageladas y una visión de futuro desesperanzada. En el devenir grupal se fue trabajando sobre la noción de proyecto de vida, para que ese estancamiento, magnificado por percepciones emocionales por un lado, y sostenido por un contexto social que no ofrece facilidades, no les impidiera pensarse y buscar opciones.

El dispositivo grupal ofreció contención y la posibilidad de relativizar problemáticas singulares, y contextualizarse en la adolescencia para problematizarla. El verse habilitados a tomar conciencia de lo que significa el proceso adolescente, como una etapa que por un lado es sumamente vulnerable pero que ofrece potencia, y en relación a lo señalado por Meza (2010) introdujo elementos de análisis que quizás los ayude a sentirse menos solos, rescatando la presencia de los otros. Kancyper (2014) teoriza al “amigo” como una instancia psíquica que ofrece un rol de contrapeso a las exigencias del mundo y colabora en constitución psíquica de los individuos, por lo que la interacción entre pares con el fin de generar lazos de contención y apoyo tiene relevancia como temática que atravesó de principio a fin el devenir grupal.

Al final del período, se realizó un relevamiento anónimo de las impresiones de los y las integrantes del grupo en relación a su intercambio grupal: “el grupo me ayudó a comprenderme más, a conocerme y a conocer a los demás”, “sentirme segura al momento de hablar”, “el grupo me aportó mucho compañerismo y confianza”, “tener un lugar donde ir y que me resulte agradable”, “me sentí aceptado”.

Las facetas novedosas que se observaron en esta población en relación a la constitución subjetiva adolescente actual, permiten identificar que es un campo que ofrece mucho material para explorar en la implementación de prácticas en salud mental para adolescentes.

C - Análisis de la implicación

Elegí centrar mi trabajo en esta temática porque me interpela desde varios frentes. Por un lado, mi interés por la adolescencia como tránsito vital. En un contexto adultocéntrico que la sitúa como ideal pero coarta sus posibilidades decisorias, esta etapa se posiciona desde un lugar cargado de vulnerabilidad y potencia. Aún estando supeditada a las

habilidades del mundo adulto, sigue siendo un motor de transformación social, como observa Viñar (2009).

Participar como Practicante en un servicio de Salud Mental me ofreció la posibilidad de integrar varios dispositivos grupales, uno de ellos con adolescentes. Puedo afirmar que fue el que me resultó más desafiante.

Me fue imprescindible trabajar sobre mi implicación, ya que esta por momentos me significó estar sobreimplicada, en palabras de Lourau (1991). Siendo mi primera experiencia clínica, el rol de practicante fue fuente de problematización constante. Por un lado, lograr diferenciar el efecto terapéutico de la grupalidad adolescente me fue posible tomando distancia, al terminar la práctica. Me fue necesario separar mis expectativas, fundadas en fantasías de realización profesional, de las posibilidades lógicas de una intervención real en salud mental para adolescentes. En el transcurso de los encuentros me fui dando cuenta que mi predisposición anímica estaba asociada a lo que identificaba como la evolución del grupo. Pavolvsky (1981) explica que este es un error común entre terapeutas que se inician, sentirse realizados si el grupo muestra cohesión y es participativo y sentir ansiedad cuando la evolución no está en línea con la fantasía previamente creada.

Me resultó fundamental poder valorizar el espacio por las condiciones que ofrece, y entender que es una herramienta significativa pero no para todas y todos en igual medida. Tampoco representa una variable diferencial que tiene necesariamente un impacto determinante en la vida de las personas. Es un dispositivo valioso en el sentido de que ofrece posibilidades, y va a ser una cuestión singular de cada integrante del grupo, resonar o no con eso.

Por otro lado, identificar la necesidad específica que existe en formación en grupos, ya que por momentos la línea entre la terapia de grupo y la terapia en grupo me fue muy difusa. Lo grupal, desde la concepción de Fernández (1999), lo pude identificar en momentos muy escasos, quizás por una combinación de factores relativos a las propias características del grupo y mi falta de experiencia.

Analizar las prácticas en Salud Mental desde la perspectiva de Stolkiner (2021) provocó que pudiera contextualizar las mismas desde una óptica latinoamericanista, enfocada en las necesidades y los recursos con los que cuentan los servicios de salud. Recursos que son insuficientes, pero aceptar esto es parte de poder trabajar con la realidad. Resulta necesario optimizar las prácticas para potenciarlas y democratizar el acceso a la salud integral. En esta línea, me parece importante que las prácticas en salud mental se posicionen desde una lógica que promueva la emancipación (De Sousa Santos, 2009) para lograr efectos más profundos. Y en el transcurso, quienes las llevan adelante, alcanzar a ser mejores técnicas y más éticas.

Observar el tránsito por las adolescencias de los chicos y chicas de ésta época, me lleva inevitablemente a evocar la mía propia, y en esa evocación encuentro similitudes y diferencias que me invitan a problematizarlas. Las adolescencias actuales acceden a un mundo mucho más amplio, versátil, que habilita existencias que les permiten mayores expresiones de singularidad. Las diferencias, desde los ojos de una mujer adulta, que fue adolescente hace más de veinte años, parecen ser no sólo toleradas sino también bienvenidas. El acceso a la información, la comunicación en instantes, incluso las posibilidades materiales de un mundo aún hostil pero un poco más accesible, les ofrecen un entramado que por sí mismo parece no ser suficiente. Porque en el culto a la individualidad, que se está viendo recrudescido en los últimos años, el lazo social parece verse debilitado. El rol del grupo de pares, para mí significó fuente de contención y retroalimentación identitaria. Desde mi perspectiva, contar con el reflejo de los otros en situación de horizontalidad es necesario para crecer. En la población adolescente con la que compartí en contexto de dispositivo grupal, pude observar que el grupo de pares no representaba contención sino más bien ajenidad.

La construcción de subjetividad adolescente que desarrollo en el marco teórico, se basa en una población específica de adolescentes, usuarios y usuarias de un servicio de salud pública, de una zona geográfica determinada. Me interesa pensar el tema a futuro para poder elaborar una visión más amplia y abarcativa.

Me parece relevante estudiar las nuevas formas de vinculación y los efectos que producen. Me interpela intentar interpretarlas, sin anudarme a una lógica generacional de “todo tiempo pasado fue mejor”, que inhabilita el diálogo y obtura las posibilidades de comprensión.

El presente trabajo está atravesado por las temáticas que significaron el eje en mi trayecto formativo. No es casual la elección de la trama, ya que la temática adolescente tuvo protagonismo a la hora de realizar mis elecciones por fuera de las unidades curriculares obligatorias. Representa una población en la que tengo intenciones de especializarme a futuro, porque sintetiza mi interés profesional y mi interés humano. Entiendo que la vulnerabilidad se puede transformar en potencia creadora, y es en esta etapa vital, en la que considero que esta posibilidad mejor se expresa. Mi desempeño como practicante, formando parte de un equipo de salud mental, dotó mi labor de propósito. Es posicionada desde este marco en el que, durante el transcurso de los encuentros con los y las adolescentes del grupo, trabajamos sobre las formas de vinculación y las diferentes problemáticas que forman parte de la condición adolescente. Este trabajo es el resultado de esa problematización.

Referencias bibliográficas.

- Administración de los Servicios de Salud del Estado. (2009). Convenio entre la Administración de los Servicios de Salud del Estado y la Universidad de la República - Facultad de Psicología. <http://www.psico.edu.uy/sites/default/files/Convenio%20ASSE.pdf>
- Baluga, M. (2024). Portfolio. Programa de practicantes y residentes en convenio ASSE con Facultad de Psicología. [Manuscrito inédito]. Universidad de la República.
- Barrios Gaxiola, M. I. y Frías Armenta, M. (2016). Factores que influyen en el desarrollo y rendimiento escolar de los jóvenes de bachillerato. *Revista Colombiana de Psicología*, 25(1), 63-82. <https://doi:10.15446/rcp.v25n1.46921>
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Belli, S. y Fernández Villanueva, C. (2021). Psicología Social de las Emociones: Breve panorama del giro visual y del giro digital. *Revista Española de Sociología*, 30(2), a37. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.37>
- Blanco, R., Contino, S., Sena, S. y Tortorella, A. (2023). *¿Minoridad adolescente? Reflexiones sobre el abandono, la institucionalización y la infracción*. Ediciones Universitarias. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/35282>
- Bohórquez López, C. y Rodríguez-Cárdenas, D. E. (2014). Percepción de amistad en adolescentes: el papel de las redes sociales. *Revista Colombiana de Psicología*, 23(2), 325-338. <http://dx.doi.org/10.15446/rcp.v23n2.37359>
- Bonilla-Algovia, E., y Rivas-Rivero, E.. (2020). Relación entre el maltrato infantil y la violencia en el noviazgo en jóvenes colombianos. *Psicología desde el Caribe*, 37(2), 68-87. <http://dx.doi.org/10.14482/psdc.37.2.307.14>
- Cao, M. (2013) *Desventuras de la autoestima adolescente: Hacia una clínica del enemigo íntimo*. Windú
- Cao, M. (2014) *Planeta adolescente*. Edición del autor.

- Contino, S (2022) *Proyecto de Tesis: Postulación al doctorado en Psicología. Sentido de las conductas de riesgo en el proceso de subjetivación adolescente y el atravesamiento de lo sociocultural*. [Manuscrito inédito]. Universidad de la República.
- Corchado Castillo, A. I.(2012). *Conductas de riesgo en la adolescencia* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid] <https://hdl.handle.net/20.500.14352/48430>
- Cordero-López, B., y Calventus, J. S. (2022). Modelos predictivos del bienestar adolescente: Estilos y prácticas parentales. *Límite (Arica)*, (17). <http://dx.doi.org/10.4067/s0718-50652022000100202>
- Corea, C.,y Lewkowicz, I. (2004). *Pedagogía del aburrido*. Paidós
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI.
- Di Segni, S. (2004). *Adultos en crisis: jóvenes a la deriva*. Noveduc
- Fernández, A. (1999). *El campo grupal: notas para una genealogía*. Nueva Visión
- Firpo, S.(2015). *La construcción subjetiva y social de los adolescentes*. Letra Viva
- Freire de Garbarino, M. y Maggi, I.(1992). *Adolescencia*. Roca Viva
- García, A. L. (2007). Nuevos tiempos, viejas preguntas sobre el amor.: Un estudio con adolescentes. *Posgrado y Sociedad*, 7(2), 50-70. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3662521>
- García-Jiménez, A., López-de-Ayala, M., y Montes-Vozmediano, M. (2020). Características y percepciones sobre el uso de las plataformas de redes sociales y dispositivos tecnológicos por parte de los adolescentes. *Zer*, 25(48), 269-286. <https://doi.org/10.1387/zer.21556>
- Gómez, S., Valencia-Arias, A, Saldarriaga, J., Vélez, y R., Soto, J. (2024) Deserción escolar de niños y niñas en Colombia en tiempos de pandemia. *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 24(3), 628-642. <https://doi.org/10.36390/telos243.11>

- Gómez-Urrutia, V., y Jiménez Figueroa, A. (2022). Identidad en la era digital: construcción de perfiles en redes sociales en adolescentes chilenos/as. *Convergencia: Revista De Ciencias Sociales*, (29), 1-24. <https://doi:10.29101/crcs.v29i0.17430>
- González, C., Inglés, C. J., Vicent, M., Calderón-Guevara, C. M., Martín, L. S., Sanmartín, R., y García-Fernández, J. M. (2020). Perfiles de rechazo escolar: Identificación y comparación entre adolescentes ecuatorianos y chilenos. *Interdisciplinaria*, 37(1), 23-24. <https://www.redalyc.org/journal/180/18062047012/html/>
- Güemes-Hidalgo, M., Ceñal, M. y Hidalgo, M. (2017). Pubertad y adolescencia. *Revista de formación continuada de la sociedad española de medicina de la adolescencia*, 5(1), 7-22.
<https://www.adolescenciasema.org/ficheros/REVISTA%20ADOLESCERE/vol5num1-2017/07-22%20Pubertad%20y%20adolescencia.pdf>
- Hernández Ortega, J. y Rayón-Rumayor, L. (2021). Teléfonos móviles, redes sociales y praxis en adolescentes. *Educatio Siglo XXI*, 39(3), 135-156. <https://doi.org/10.6018/educatio.427011>
- Iglesias, B., y Romero Triñanes, E. (2009). Estilos parentales percibidos, psicopatología y personalidad en la adolescencia. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 14 (2), 63-77
https://www.aepcp.net/wp-content/uploads/2020/05/1_20092_Iglesias_Romero.pdf
- Jorge, E., y González, M. C. (2017). Estilos de crianza parental: una revisión teórica. *Informes Psicológicos*, 17(2), 39–66. <https://doi.org/10.18566/infpsic.v17n2a02>
- Kaës, R., (2000). *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Amorrortu
- Kaës, R., (2008). Procesos asociativos e interdiscursividad en los grupos. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, (12), 73-94.
<https://www.redalyc.org/pdf/3396/339630251005.pdf>
- Kancyper, L. (2004). *El complejo fraterno: Estudio psicoanalítico*. Lumen
- Kancyper, L. (2014). *Amistad: una hermandad elegida*. Lumen.

- Kancyper, L. (2015) El lugar de la amistad en el proceso psicoanalítico. *Revista Psicoanálisis (Lima)*, 37-51.
<https://www.bivipsi.org/wp-content/uploads/2015-spp-psicoanalisis-n16-9-1.pdf>
- Klimenko, O., Cataño Restrepo, Y. A., Otálvaro, I. y Úsuga Echeverri, S. J. (2021). Riesgo de adicción a redes sociales e Internet y su relación con habilidades para la vida y socioemocionales en una muestra de estudiantes de bachillerato del municipio de Envigado. *Psicogente* 24(46), 1-33. <https://doi.org/10.17081/psico.24.46.4382>
- Lamus de Rodriguez, T. M., Moreira Choez, J. S., Cordova Loor, C. E., y Robles García, M. G. (2022). Deserción estudiantil durante la pandemia en la Educación Básica General. *Religación*, 7(31), e210880. <https://doi.org/10.46652/rgn.v7i31.880>
- Le Breton, D. (2019). *La piel y la marca: Acerca de las autolesiones*. Topía.
- Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Nueva Visión.
- Lourau, R. (1991, 21-24 de noviembre) Implicación y sobreimplicación [Conferencia]. El Espacio Institucional. La dimensión institucional de las prácticas sociales, Buenos Aires, Argentina. https://www.academia.edu/download/51724371/RENE_LORAU.pdf
- Lydynia de Moscona, S. (2021). La amistad, una paridad en diferencia. *Psicoanálisis*, 43(1-2). 41-52.
<https://www.psicoanalisisapdeba.org/autores/sara-ines-lydynia-de-moscona/la-amistad-una-paridad-en-diferencia/>
- Marcelli, D., y Braconnier, A. (2005). *Psicopatología del adolescente*. Masson.
- Marín Calderón, N. (2020). Encuentros entre psicoanálisis lacaniano y teoría queer. *Sociológica (México)*, 35(100), 81-102.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttextpid=S0187-01732020000200081yInq=esytlng=es
- Martínez, G., Garmendia, M., y Garitaonandia, C. (2020). La infancia y la adolescencia ante las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs): oportunidades, riesgos y daño. *ZER: Revista de Estudios de Comunicación*, 25(48).
<https://doi.org/10.1387/zer.21116>

- Martínez Priego, C., Anaya Hamue, M. E., y Salgado, D. (2014). Desarrollo de la personalidad y virtudes sociales: relaciones en el contexto educativo familiar. *Educación y Educadores*, 17(3), 447-467. <https://www.redalyc.org/pdf/834/83433781003.pdf>
- Meza Victorino, A. (2010). Intervenciones grupales, una opción de trabajo psicoterapéutico con adolescentes maltratados*. *Cultura Educación Sociedad*, 1(1). <https://revistascientificas.cuc.edu.co/culturaeducacionysociedad/article/view/919>
- Ministerio de Salud Pública. (2011). *Plan de implementación de prestaciones en Salud Mental en el Sistema Nacional Integrado de Salud*. <https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/sites/ministerio-salud-publica/files/documentos/publicaciones/Plan%20de%20Prestaciones%20en%20Salud%20Mental.pdf>
- Ministerio de Salud Pública. (2014). *Gestión del acceso oportuno y de calidad a la atención en salud*. <https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/sites/ministerio-salud-publica/files/documentos/publicaciones/Gesti%C3%B3n%20del%20acceso.pdf>
- Paez, A. y Rovella, A. (2019). Vínculo de apego, estilos parentales y empatía en adolescentes. *Interdisciplinaria*, 36(2), 23-38. <https://doi.org/10.16888/interd.2019.36.2.2>
- Pavlovsky, E. (1981). *Psicoterapia de grupos en niños y adolescentes*. Fundamentos.
- Perea, L. G. y Almanzor, C. V. (2020). Mitos del amor romántico y calidad en las relaciones sentimentales adolescentes. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 13(1), 150-161. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7724129>
- Rey Anacona, C. A., Redondo Pacheco, J. y Moreno Méndez, J. H. (2021). Predictores de la perpetración de violencia en el noviazgo en adolescentes: Diferencias en función del sexo. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 26(2), 95-108. <https://doi.org/10.5944/rppc.27583>

- Ripani, M.F. y Muñoz, M. (Eds.), (2020). *Plan Ceibal 2020: Desafíos de innovación educativa en Uruguay*. Fundación Ceibal. <https://digital.fundacionceibal.edu.uy>
- Rodríguez, R., Aguilar, E. y García, R., (2016). Habilidades sociales en adolescentes institucionalizados: Una intervención con juego grupal. *PSICUMEX*, (6). 27-38. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7932839>
- Sánchez, P. (2021). Salud mental de niños y adolescentes en la pandemia del Coronavirus. *Pediatría integral. Revista oficial de la Sociedad Española de Pediatría Extrahospitalaria y Atención Primaria*. (5). 211-213 <https://www.pediatriaintegral.es/publicacion-2021-07/salud-mental-de-ninos-y-adolescentes-en-la-pandemia-del-coronavirus>
- Sánchez-Queija, I. y Oliva, A. (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *International Journal of Social Psychology*, 18(1), 71–86. <https://doi.org/10.1174/02134740360521796>
- Sotelo, I., (2015). *Datus*. Grama.
- Speier, A., de Scheimberg, R. S. y Boschetto, H. (1977). *Psicoterapia de grupo en la adolescencia: un enfoque basado en la expresión personal y simbólica*. Nueva Visión.
- Stolkiner, A., (2021). *Prácticas en salud mental*. Noveduc.
- Torralva, T. (2019). *Cerebro adolescente*. Paidós.
- Vignolo, J., Vacarezza, M., Álvarez, C y Sosa, A. (2011). Niveles de atención, de prevención y atención primaria de la salud. *Archivos de Medicina interna*, 33(1), 7-11. http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttextpid=S1688-423X2011000100003yIngl=esytIngl=es
- Viñar, M., (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Trilce.